

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 10 de LA MODA.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE y MÉLAN.

1872. — TOMO XXXIX.

Administración general y Redacción : Passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 31. — N° 1,010.

SUMARIO.

Los príncipes de Orleans; grabados. — Academia Española. — Páginas marinas. — Ernesto Laugier; grabado. — España : Partida de carlistas en los montes de Navarra; grabado. — Suscripción patriótica : Una sesión del Comité de las Señoras de Francia en el Gran Hotel; grabado. — Revista de París. — Poesía. — Estrasburgo : Demolicion de las fortificaciones y de la ciudadela de Estrasburgo; grabados. — ¿Qué hará de ello? novela escrita por sir Edward Lytton Bulwer. — La Nueva Caledonia; grabados. — El Rosario de Haydn ó el canto del cisne. — M. Teisserenc de Bort, ministro francés de Agricultura y Comercio; grabado.

Los príncipes de Orleans.

Con este título acaba de publicar M. Ch. Iriarte, una interesante obra, de la cual tomamos los párrafos siguientes, como noticia de los retratos que publicamos en esta página.

EL DUQUE DE NEMOURS.

El duque de Nemours es un hombre sencillo, benévolo, muy reservado, de un carácter tímido y casi temeroso. Su natural reserva, exagerada quizás por la posición que ocupa, pasa algunas veces por altanería, cuando nada dista más de su persona que el orgullo. Para apreciar bien al duque de Nemours es preciso conocerle íntimamente, pues no se deja adivinar á primera vista. Sus sentimientos son profundos; su vida, desde el día del destierro, ha sido siempre apacible; es un hombre concentrado, recogido y religioso. El duque huiría las grandes responsabilidades, y sobre todo la política; la única que aceptaría es la que se tiene en un campo de batalla, al frente del enemigo. Allí se le ve grande y noble, y su reserva se cambia en una inalterable sangre fría. De alta estatura, elegante, con cierto aire de fisonomía y de aspecto que recuerda al rey Enrique IV, el duque de Nemours está considerado como un excelente general de caballería.

Nacido en 1814 en el Palacio Real, el duque de Nemours tenía trece años cuando la revolución de julio puso á su padre en el trono. Iban á comenzar los serios deberes, tanto para él como para su herma-

no mayor el duque de Orleans, que ya contaba veinte años. Tomaron parte en la expedición á Bélgica, tarea fácil para ambos príncipes, pues es característico en la familia de Orleans, que si desean todos la paz por razón y por preferencia meditada, todos también por temperamento y por inclinación, son príncipes belicosos. « No hay uno que no sea valiente, » dijo M. Dufaure en una defensa famosa. Sir Roberto Peel había dicho antes brindando al rey : « Al francés privilegiado cuyos hijos todos son valientes y todas las hijas virtuosas. »

El príncipe se había casado y disfrutaba de su felicidad doméstica hacia ya dos años, cuando sobrevino el más terrible é irreparable de los grandes lutos que



Luis Carlos Felipe Rafael, duque de Nemours.



Margarita Adelaida María de Orleans, princesa Czartoriska.

debía tener la familia de Orleans. El primogénito de los hijos del rey, el que habría salvado la monarquía constitucional, caso de que pudiera salvarse, pereció víctima de un horroroso accidente. Ante la tumba de aquel adorado hermano, no pensaba el duque de Nemours que le esperaba una vida nueva, cuando un servidor, ó mejor dicho, un amigo de su familia, le hizo volver en sí diciéndole estas palabras:

— Monseñor, teneis que cambiar enteramente para que aparezcan al exterior vuestros dones interiores.

Justamente era lo que el príncipe no se hallaba decidido á hacer. Contento con el segundo papel, jamás se había preparado para desempeñar el primero. Hacía ya muchos años que su hermano encontraba en él no solo su mejor amigo, sino su mejor consejero. Cuantas veces había que tomar una grave resolución en la familia, el duque de Orleans decía: « Consultemos á Nemours, » y no era esta una vana palabra. En su testamento, documento tan notable por la exactitud de las miras y por una especie de adivinación del porvenir, tiene consignado el irrecusable testimonio de la confianza que le inspiraban la razón superior y el carácter caballeresco de su hermano.

LA PRINCESA MARGARITA.

La hija del duque, princesa *Margarita* Adelaida Maria, nacida en 1846, contrajo matrimonio en enero de 1872, con el príncipe Ladislao Czartoriski, heredero de un nombre universalmente respetado, ilustre por el nacimiento y por una tradición honrosa y patriótica. CH. I.

Academia española.

(Conclusion. — Véase el número 1,009).

Mas porque es el progreso ley indeclinable, impuesta por la mano del Hacedor Supremo á la humana cultura, realizado aquel bello ideal, aspira el arte cristiano á nuevas y mayores conquistas, prelujiando generoso la futura emancipación de aquellas tres hermanas, que habían salvado juntas, en alas de la fe, la cerrada noche de los siglos. Ante la idea de consagrar en el templo católico al Ser Infinito digna morada de su omnipotencia, de su sabiduría y de su amor, había desaparecido siempre la personalidad de los artistas cristianos, semejantes á los cantores populares, que revelaban en sus rudos versos, con no fingida sinceridad, la vida entera de la sociedad en que viven, sublimando hasta la mas alta idealidad de las creencias religiosas y su heroísmo. Los cultivadores del arte, al quebrar los albores de aquel nuevo día, comienzan á sentir individualmente el estímulo de la gloria; pero fieles á aquella providente y cariñosa madre, que había alentado su esperanza en la difícil peregrinación de otras edades, prosiguen viviendo á su amparo y en su regazo, para sentir y reflejar en sus obras sus santas inspiraciones. Como los primeros poetas de las nuevas lenguas vulgares, al reclamar para sí el modesto derecho de unir el eco de sus nombres á las dulcísimas armonías de aquel himno inmortal que resonaba sin tregua bajo las bóvedas del templo católico, podían los pintores cristianos repetir con el cantor castellano de la virtud y de la devoción estas notabilísimas palabras:

Un Dios é tres personas, esta es la creencia;
Un regno, un imperio, un rey, una esencia.

Hé aquí, señores académicos, la singular transformación que al amanecer del siglo XIII, iba á iniciarse en las esferas del arte, tomando en ella la pintura la principal iniciativa. Como ha observado, con escogida y copiosa erudición, el nuevo académico, tras no indiferentes ensayos, cuya memoria honra al suelo de Italia, refléjase esta luz mas poderosamente en el privilegiado recinto de Florencia, donde parecían ya presentirse los inspirados cantos teológicos del amante de Beatriz. No apagados en la patria de Federico II y de Pedro de las Viñas los resplandores del mundo antiguo, cabía en efecto la gloria de dar el primer paso en senda tan luminosa al ilustre florentino, á quien daban, por excelencia, sus coetáneos el nombre de *Discípulo de la naturaleza*. El ejemplo de Giotto (ya lo habeis recordado) tenía por el espacio de tres siglos numerosos y felicísimos imitadores; la pintura proseguía á paso lento, aunque seguro, la nobilísima obra de su independencia; pero al subir á la cumbre de su perfección, como arte cristiano, ni renunciaba á su origen, ni rechazaba ingrata el fecundo protectorado de la Iglesia. La reseña histórica hecha por vuestro elegido nos ha presentado abundantes é irrecusables testimonios de esta verdad crítica; y el itinerario de aquella suerte de marcha triunfal, en que iba la pintura cristiana aproximándose á su única meta, puede en verdad fijarse muy holgadamente dentro del mismo templo católico.

No es el momento de reproducir el largo catálogo de los ingenios que iban dando cima á esta meritisíma

empresa, catálogo formado una y otra vez, ya al trazar la historia de la pintura moral entre los pueblos occidentales, ya al estudiar los grandes progresos de la pintura pensil, durante el periodo que dejo arriba señalado. Importa si á la demostración de la tesis, que he tenido la honra de anunciaros el determinar en algun modo los principales caracteres que ostenta, bajo uno y otro concepto, aquella arte encantadora; y abrigo el firme convencimiento de que no he de sorprenderos al asegurar, como lo hago, que no fueron sino muy legítima consecuencia de aquel primer estado en que hemos sorprendido á la pintura, al constituir con sus dos hermanas, la sublime unidad del templo católico. Ciertamente es que fueron desapareciendo de las obras de trecentistas y cuatrocentistas aquella rigidez y sequedad, aquella rudeza y desproporción de la forma externa, hijas no tanto de la inexperiencia y olvido de la naturaleza, como de la subordinación en que habían vivido pintura y estatuaría á la concepción arquitectónica. Mas al paso que la idea de la forma humana se restablece y perfecciona; al paso que va esta acaudalándose de proporción, gracia y movimiento; ora aspire, siguiendo el primer impulso del Giotto, á conformarse con las leyes fundamentales de la naturaleza, ora se atempere y modifique al tenor de las enseñanzas indirectas del arte clásico, lejos de extinguirse en las obras pictóricas de los Gaddi y los Fabiano, los Orcagna y los Lippi, los Ghirlandajo y los Boticelli, los Montegna y los Perugino, el candor y la pureza, la devoción y la piedad, que fueron un día virtudes exclusivas de la pintura y de la estatuaría icónicas, acrisolábanse y subían de punto en el decoro, el recogimiento y la ingenua compostura de aquellas nuevas concepciones del arte cristiano, que tocaban ya en las lindes de la verdadera belleza.

Próxima estaba, en efecto, la pintura cristiana á su verdadero apogeo, cuando llega á su colmo en la esfera de las ideas aquella peregrina reacción hácia el mundo pagano, que ha sido designada por los eruditos con el título de *Renacimiento*. Habíanla preparado largos y pacientísimos trabajos, realizados al par en todas las regiones de la erudición clásica. La filosofía y la filología, la poesía y la elocuencia, la historia y la arqueología, siguiendo el antiguo ejemplo de la jurisprudencia y atentados por los maravillosos descubrimientos realizados cada día en Italia y fuera de ella, habían encontrado abundante materia de contemplación y de estudio en la civilización de Pericles y de Augusto: la Roma gentilica, de quien se había escrito en los postreros días de la república que encerraba en su seno mas estatuas griegas que moradores, era evocada y restaurada por las doctas vigiliias de un Flavio Biondo, un Bernardo Rucellai, un Ciriaco d'Ancona, un Pomponio Letto y tantos otros insignes varones, que haciendo excesivo alarde de su entusiasmo clásico, ponían en duda su ortodoxia, atrayendo al cabo sobre sí y sus estudios la saña de Paulo II.

Pero como toda persecución que produce el martirio, da en cierto modo la victoria al perseguido, templado por la tolerancia de Sisto IV el rigor de aquel Soberano Pontífice que había calificado de herejes, no ya solo á los académicos de Pomponio Letto, sino también á cuantos recordaran aquel título, renacia con mayor fuerza al caer del siglo XV, la admiración que había despertado en las esferas doctas la antigüedad greco-romana, llegando á establecerse en la misma capital del cristianismo solemnes aniversarios para celebrar con la fundación de la Ciudad Eterna los mas levantados sucesos de su historia gentilica. Fuera, señores, anhelo impertinente el traer aquí mas especial noticia de aquella suerte de desbordamiento intelectual, que tras la insólita adoración de la antigüedad clásica, precipitaba á los mas granados espíritus en muy lastimosas prevaricaciones: vuestra probada benevolencia me consentirá, sin embargo, recordaros para reconocer á qué punto sube este singular delirio, algunos significativos hechos. Citaré el primero, porque se refiere al mas ilustre promovedor del *Renacimiento*, aquella terrible y desconsoladora duda, que en el seno mismo de la Academia platoriana de Florencia asalta al magnífico Lorenzo de Médicis sobre la idea del sumo bien, acabando por hacerle inclinar la frente ante el Dios de Platon, con su predilecto amigo Marsilio Ficino. Lícito me será poner al lado de esta decepción dolorosa el inconcebible menosprecio, con que el cardenal Pedro Bembo, émulo de los Pontanos y Panormitas en el cultivo de las letras latinas, aconsejaba á sus amigos que proserbiesen la lectura de San Pablo, para evitar la corrupción del buen gusto, mientras se negaba él mismo á rezar en el breviario dado al cristianismo por la Iglesia, por no deslustrar su clásico estilo. Y para no fatigaros, añadiré solamente, con el recuerdo del doctísimo Erasmo de Rotterdam, que ponía á Marco Tulio en el número de los santos, aquel insólito desvanecimiento que señoreaba á los mas doctos ingenios de Roma, llevándolos á resucitar en cierto palacio cardenalicio el menguado culto de Júpiter.

Una reacción intelectual, que tales efectos producía en las órbitas del sentimiento religioso, padre de la pintura moderna, debía reflejarse fatalmente en el mundo de las artes plásticas; y se reflejó, en verdad, con todos los efectos que ha recordado en su discurso nuestro nuevo compañero. La ciega adoración de la antigüedad clásica que dominaba en la literatura, se trasfería con no menos vigorosa acción á las esferas artísticas; y abandonada de pronto por la pintura cristiana la tranquila senda que la llevaba á sus últimas y

mas granadas conquistas, precipitábase, deslumbrada por la grandeza de las formas exteriores, tras la imitación gentilica, que solo podía resplandecer en los supremos momentos de aquella gran prevaricación moral, trayendo en pos suyo, con la negación total del arte cristiano, la mas lastimosa decadencia. Pero aquella reacción, que no tenía ejemplo en la historia del arte, no solamente contradecía en su misma esencia el sereno é interior desarrollo de la pintura cristiana, sino que venía, también á desnaturalizarla en sus formas exteriores. Vosotros recordais que la genuina, la mas perfecta y adecuada manifestación del arte helénico había sido la estatuaría, como lo fué la arquitectura del arte de la Edad media, como debió serlo la pintura del arte moderno. Pues bien: al removerse las ruinas greco-romanas, habían brillado sobre toda otra perfección las bellezas de la estatuaría; y avasallados por ellas los grandes ingenios del *Renacimiento*, dejábanse vencer por el ardiente anhelo de hacerlas suyas. Tal sucedía, en verdad, á un Miguel Angel, un Andrea del Sarto, un Sebastian del Piombo, un Jorge Vasari y tantos otros como al dar cima á la osada empresa del *Renacimiento* clásico, mientras ambicionaban la mayor gloria de la pintura moderna, recavaban para sí el extraño título de *pintores estatuarios*. No reparaban, al caer en extravió semejante, de que solo acierta á libertarse, en medio de la reacción pagana, el superior sentido de Leonardo de Vinci, en que, desnaturalizando el arte por ellos sublimado, esterilizaban también para lo futuro sus mas generosos y plausibles esfuerzos.

No otra es, á lo que entiendo, señores académicos, la alta y trascendental enseñanza que se desprende de los hechos ampliamente aducidos por nuestro ilustrado compañero. Y ¿cómo podría concebirse si no, que una revolución artística, iniciada y sostenida por genios tan vigorosos y potentes; una revolución de tan rara y prodigiosa fecundidad, como ha manifestado vuestro elegido; una revolución, en fin, que sorprende y arrebatada, con la fama de su grandeza, las mas ilustradas inteligencias de los pueblos occidentales, careciera de fuerza y de vitalidad suficientes para llevar su inspiración y su imperio mas allá de las lindes del siglo XVI? Mas, ya lo habeis oído: si la pintura, valiéndome de la afortunada frase del nuevo académico, « se mantiene durante la expresada centuria al calor de los rayos que despiden la grande escuela, » cambia al abrirse el siglo XVII « totalmente de rumbo, tomando por única base el colorido y el claro-oscuro. » Y diré yo ahora, siguiendo este mismo argumento: ¿qué había sucedido, pues, en el mundo moral, para que en tan breve plazo se insinuara, desrollase y llegara á su colmo anulación tan completa de un arte tan rico y poderoso, que parecía respirar eterna vida?... ¿Por qué se le había cerrado tan á destiempo aquel magnífico porvenir de gloria y de grandeza, que parecía sonreírle para siempre?... No busqueis, señores, la solución de este problema fuera de sus órbitas naturales: el *Renacimiento* pagano, lo mismo en letras que en artes, si deslumbra y sojuzga con su brillantez y grandeza á los hombres doctos de todas las naciones de Occidente, en vez de ser fruto natural y sazonado de los elementos que constituían íntimamente la civilización cristiana; en vez de interpretar fielmente las creencias y los sentimientos de las muchedumbres católicas y de revelar sus aspiraciones y sus esperanzas, era el resultado artificial de una evolución esencialmente erudita, y se hallaba, por tanto, despojado de las profundas y vidadoras raíces que hubieran podido ministrarle vigorosa y fecunda savia, para hacerlo incontrastable en medio de las borrascas de los siglos.

El *Renacimiento* pagano está, pues, destinado á recibir de larga descendencia: desencantados ya y libres los pueblos occidentales de aquella gran seducción que los había movido á designar con título de *bárbaro* cuanto noble y grande produjo la Edad media, volvian sus miradas á las antiguas fuentes de su genuina cultura, para reanudar su vida artística, con las aspiraciones nacionales. Bien veis, señores académicos, que no me es dado trazar aquí el camino que cada cual emprende, para recobrar el tiempo perdido en las seductoras cuanto gloriosas aventuras del *Renacimiento*. Mas limitándome ahora á nuestra Península, donde aspiran letras y artes á completar la obra de la civilización ibérica, lícito me será asentarse, sin temor de ser desmentido, que así como levantan las primeras en el *Teatro*, que lleva por excelencia nombre de español, imperecedero monumento á la hidalguía y al heroísmo de nuestros mayores, no sin que brille en él la inspiración religiosa, de igual modo elevan las segundas en la pintura clarísimo padron de gloria á la profunda fe, que les había servido de invariable norte en una guerra de ocho siglos, consagrandolo al par felicísimos esfuerzos á interpretar el sentimiento patriótico.

Solo, al colocarnos en este punto, es dado concebir y explicar la legítima y alta representación que alcanza la pintura en la España del siglo XVII; y solo, al comprender en tal manera esta legítima representación, acertamos á pronunciar con el respeto y la veneración que infunden sus creaciones en el ánimo del verdadero filósofo, los preclaros nombres del gran Velazquez y del inmortal Murillo. No ignoro por cierto que los irreflexivos encomiadores del *Renacimiento* pagano, han pretendido, y pretenden aun, despojar á estos sublimes ingenios de toda idealidad, arrebatándonos así la mayor gloria de las artes españolas. Pero á

esta arbitraria negacion, hija del estrecho é intolerante espíritu de escuela, justo es oponer, como elocuentísima protesta, la síntesis del universal juicio formulado por la posteridad sobre tan preclaros varones; Velazquez, á quien dieron ya sus coetáneos el principado del arte, es saludado dentro y fuera de la Península ibérica como el pintor de la caballería española: Murillo es aclamado en todas partes como el pintor del cielo.

Sobrarian, pues, estas verídicas clasificaciones, inspiradas por la mas espontánea admiracion, á desvanecer la acusacion referida, si no hablaran mas alto las obras de tan privilegiados genios. A vosotros es debida esta fundamental enseñanza: mientras el gran Velazquez, dominador como ninguno de la luz y del color, derrama á manos llenas sobre sus cuadros todos los encantos que arrebató á la naturaleza; mientras distribuye y agrupa en ellos admirablemente los personajes que forman sus inimitables producciones, á nadie cede la palma en el interpretar, bajo todas relaciones, el sentimiento heróico-caballeresco, cuyos últimos resplandores se reflejaban en la corte de Felipe IV. El inmortal Murillo, en tanto que con mayor fortuna que otro alguno de sus predecesores, sorprende de los inefables misterios de la naturaleza, y derrama en sus lienzos torrentes de vida y de armonía, animado de santa fe, eleva al cielo las miradas de su alma, para contemplar allí la perennal ventura y beatitud de los justos, que trasfiere despues con amorosísimo pincel á sus preciadas creaciones.

Permitidme añadir, en consecuencia, que lejos de faltar á estos genios, en quienes se resume y florece la gloria toda de la vida entera de nuestra civilizacion, gozaron el raro privilegio de personificarla y simbolizarla. La cultura de Iberia habia girado, desde el momento en que resuena en las montañas de Asturias el grito heróico de la independencia, sobre los polos de la religion y del patriotismo: ¿qué mucho, pues, si la pintura española al salvar los obstáculos que habian opuesto á su triunfal carrera los deslumbradores antojos del Renacimiento, se abrazaba nuevamente de la Cruz, presintiendo acaso la próxima decadencia de la obra de Carlos V y de Felipe II?

Serviria, sin duda de complemento á esta crítica demostracion, al mencionar aquí los demás astros que resplandecen en el cielo de la pintura española, en el firme convencimiento de que su individual exámen arrojaría nueva luz sobre los fundamentales principios que tuve, al comenzar, la honra de exponeros. Aquéjame, no obstante, el temor de haber abusado ya de vuestra benevolencia, y úrgeme, por tanto, el llegar con el nuevo académico, á la edad presente, para añadir algunas palabras á las notables consideraciones con que ha puesto fin á su muy erudito discurso.

En efecto, señores: el incesante clamoreo de los que, al decir de vuestro elegido, intentan rebajar la gloria de la novísima pintura, es realmente injusto. Este noble arte, tras las difíciles y brillantes evoluciones que ha realizado en los últimos tiempos, ha subido en nuestros días á un grado de esplendor verdaderamente maravilloso; mas con tales caracteres, que empieza ya á infundir serios temores sobre su futuro. Impulsada por ese insaciable anhelo de conquistas, que aguijonea sin tregua á la ciencia del siglo XIX; impaciente por alcanzar el mismo lauro y galardón en todas las esferas, á donde lleva su actividad; avasallada, en fin, por el infatigable espíritu del análisis; que invade y señorea todas las regiones de la inteligencia, la novísima pintura, no ya solo aspira á una universalidad absoluta de la esfera de la produccion, sino que se ha lanzado, para lograrla, en brazos del mas ambicioso y refinado eruditismo. Mística y profana á la vez, quiere ser á un tiempo religiosa y heróica, eróica y dramática, anecdótica y epigramática, bucólica y descriptiva; y para realizar como ambiciona, tantos fines juntos, hacinando sobre su frente tan desemejantes, ya que no incompatibles laureles, demanda con ávido anhelo el arte de todos los siglos y civilizaciones incesantes enseñanzas, si bien armada de las prodigiosas conquistas que ha consumado y consume cada día la ciencia arqueológica, se complace en acusar y poner de relieve la ignorancia de la pintura de otras edades. Pero justo es reconocerlo y proclamarlo: jamás el arte habia mostrado tantas aspiraciones, ni habia intentado resolver tan difíciles problemas; nunca habia hecho tampoco mas nobles y meritorios esfuerzos para lograrlos y detsarlos. ¿Alcanzará por ventura los perfectos y duraderos frutos que nuestro ilustrado compañero parece mirar ya presentes?...

Hé aquí, señores académicos, lo que no osaré yo asegurar, careciendo, como carezco por desdicha, de todo espíritu profético. La atenta meditacion sobre los principios fundamentales y eternos que rigen y gobiernan la vida del arte; la serena y desapasionada contemplacion de su historia, traen sin embargo á mi razon, el profundo convencimiento de que siendo tan falsa como peligrosa y estéril, la máxima de «el arte por el arte,» que parece en la actualidad preocupar las mas grandes inteligencias, solo seria dado á la pintura del siglo XIX tocar en el bello ideal, que tal vez presente, cuando templado algun tanto el afán que engendra en ella la prodigiosa diversidad de aspiraciones, que hondamente la mortifican, y madurados los frutos de su eruditismo, se inspire en un solo principio, bastante á someter á una superior unidad esa ostentosa variedad que enerva y neutraliza sus fuerzas, y capaz de interpretar de lleno la civilizacion que nos rodea. ¿Llegará á verificarse este difícil mo-

vimiento en las naciones meridionales, dada la actual situacion moral y religiosa de los espíritus? ¿Se realizará acaso, como en otros días, bajo el universal patrocinio de la religion y de la Iglesia, ó en las mas individuales esferas del patriotismo, segun ha parecido ya insinuarse en muy señaladas ocasiones?... La resolucion de este problema es obra del tiempo; y yo, señores, no me hallo dotado de aliento para fantasearla.

He procurado, en la forma que me ha sido hacedero, corresponder á la ilustrada iniciativa del renombrado pintor que hoy toma asiento entre vosotros, respecto de las importantes cuestiones de arte por él suscitadas en esta solemidad académica. El temor de alejarme en demasia del terreno que ha escogido para plantearlas, me ha movido á tocar de pasada algunas de esas cuestiones, de no escaso interés, bien que realmente secundarias. La consideracion debida á este lugar y el respeto que vuestra presencia me inspira, me han forzado tambien á exponer mis observaciones con aquella justa desconfianza de quien, hablando entre maestros, se reconoce sujeto al fallo superior de su consumada ciencia y de su experiencia no menos acendrada. He obedecido, sin embargo, vuestro mandato; y si no ha estado en mis manos el acierto, lo está al menos el declarar con la sinceridad mas entera que á nadie concedo ventajas mi buen deseo. Interesado desde mi primera juventud en la prosperidad y gloria de las artes, en cuyas aras he consagrado largas, si no afortunadas vigiliias, consentidme ahora que lo ejercite, repitiendo al nuevo académico la mas cordial bienvenida, y dando á esta ilustre corporacion, por tal suceso, la mas cumplida enhorabuena.

He dicho.

Páginas marinas.

EL MAR.

Tengo un amigo de la infancia, que es el mar, y le amo con delirio. ¿Cómo no amarle si sus olas me vieron nacer? He navegado sobre sus aguas; las he mirado romperse amenazadoras contra mi buque; pero nunca he temido sus iras ni sus traiciones.

Desde lejos se anuncia el poderoso titán por los effluvios de su aliento acre que da vigor y alegría. De cerca, la mirada se sumerge en su inmensa extension, y el espíritu siente mas grande, mas elocuente la voz de la divinidad.

El agua del mar atrae como la luz. Si llegamos á la playa, parece que una fuerza superior nos detiene allí largo tiempo; pero el tiempo es entonces la sensacion que experimentamos.

Los hijos del mar, los que al ver rugir las olas desean surcar el espumoso piélagos, no encuentran sin duda igual atractivo en ningun otro espectáculo de la naturaleza.

El campo, mar tranquilo, no tiene tanta majestad ni hermosura. Siempre aparece algun limite deteniendo el vuelo de la imaginacion, y la imaginacion que busca eternamente el *mas allá* se cansa y fatiga.

¡Oh santo amor de la patria, yo te bendigo! Hablad al montañés de un país que no sean las rocas y los picos elevados: á quien nació en las llanuras hablándole de montes y cascadas, y el uno responderá suspirando por sus agrestes cumbres y el otro suspirará por los llanos donde vió la luz.

Las olas al morir en la playa la cubren de una ancha cinta de espuma, semejante á un riquísimo encaje. Al mirarlas avanzar unas sobre otras empujándose á cada movimiento, diríase que se complacen en jugar con la arena, adelantando y retrocediendo como la ilusion que brilla un instante para morir en seguida.

¡Finge tanta ilusion el mar! Acaso es el reflejo del hombre con sus pasiones, sus calmas y sus tormentas; los huracanes que lo agitan; sus quejas y sus venganzas.

Avaro y codicioso, su seno oculta infinitos tesoros que roba y no devuelve... Tambien el hombre guarda en su pecho despojos de sus triunfos y recuerdos de sus traiciones; ¿por qué hemos de ultrajar al soberbio gigante?

El mar, considerado como elemento de dibujo, no tiene semejante. Una embarcacion en lontananza le sirve de asunto para un cuadro.

Es al mismo tiempo la paleta mas admirable para los colores. ¿Cuántas combinaciones caben en sus olas! ¿Qué cambiantes! ¿Qué medias tintas! ¿Qué tonos oscuros! ¿Que rasgos enérgicos, vivos, sorprendentes!

La ola que se rompe es como ciertas musicales, que, emitidas por la voz, no pueden encerrarse en la estructura del arte humano. Para esa ola falta equivalente en los colores de la pintura. Hay en su cúspide quebrada, vacilante, un resplandor, un centelleo momentáneo que pasa casi desapercibido. Hay una sombra ocasionada por la voluta á que da origen la caída de la cumbre espumosa, y aquel matiz, azulado unas veces, y rojizo, negro, verde ó amarillento otras, es de tal indole, que, copiado, pierde su vida, toda su verdad.

Tanto se ha dicho del lenguaje del mar, que parece

risible volver al mismo asunto; y, sin embargo, este lenguaje no es una ficcion; no es una de tantas exageraciones imaginativas.

¿Quién lo traduce? ¿Quién lo comprende?

— Nadie, pero todos lo sentimos por intuicion, por simpatía, quizá porque una corriente magnetica se produce de las aguas á los ojos que las miran.

— ¡Qué grande es el mar! exclamamos. ¡Qué admirables sus movimientos!

— Aquella magnífica llanura es el cielo tangible de la tierra, y su movimiento es el latido de millones de vidas. Amarlo, es amar la maternidad. Venerarlo, es venerar la creacion.

En su fondo se elaboran generaciones de seres. Cada gota de agua lleva consigo miriadas de existencias; embriones de futuros habitantes, destinados á beber la savia universal.

Pensar en estos misterios equivale á bendecir la obra de Dios; practicar una filosofia profunda; creer, y la creencia bajo esta fórmula significa un culto de pureza y de virtud.

El mar es un laboratorio de bienes. Sus aguas, que surgian un tiempo sobre las enhiestas montañas, limitaron su imperio á las dimensiones que hoy tienen.

Inquieto, movil, es el mar la regularidad perfecta; y si fuese posible trasformarlo en un ser con la conciencia de sus actos, se nos presentaria como la expresion de la justicia.

¿Por qué llamarlo usurpador y destructor? No se posesiona caprichosamente de las costas, sino que para conservar el nivel necesario las ocupa; y si destruye en apariencia por un lado, construye en otro nuevos terrenos.

El mar es el emblema del combate contra la inmovilidad. Sus aguas azotan á los peñascos de la costa, y tan pronto parecen animadas de un furor cruel, como algo mas tranquilas moderan sus impetus.

Pero su maravilloso mecanismo no se limita á esa agitacion. Una fuerza irresistible (la atraccion del sol y de la luna) produce dos veces al día un movimiento ascensional; las mareas. A una hora fija la inmensa masa de las aguas se dilata como el seno de una mujer al respirar, sube y luego desciende á su lecho.

Y no se crea que las oscilaciones del mar son inútiles; antes bien arrastran el limo que dificulta la entrada en los puertos y llevan á las costas una humedad saludable.

El mar guarda el calor que irradia del sol, y que conducido por las corrientes y los vientos, modera las estaciones.

La fraternidad humana no se concibe sin el mar. Las montañas pueden ser una frontera inaccesible; el mar es un lazo de union.

Cada gota de agua marina encierra un mundo.

Hélo aquí:

En el revuelto mar que baña airado
Del Ecuador el círculo, se observa
Cual anillo de sombras perdurables,
Nubes que vagan, cruzan y se alejan,
Pero siempre dejando nuevas nubes,
Como de antigua torre centinelas.
De los rayos solares al influjo
Que las olas marinas allí templan,
Elévase una gota en el espacio
Y hasta las nubes fugitiva llega.
Purificada en el viaje aéreo,
Su amargura la gota al punto deja
Y en vapor trasparente convertida,
Entre los brazos de las nubes vuela.
Cruza montañas donde nacen rios,
Desiertos cruza y fértiles praderas
Y hasta el ártico polo se remonta
Enlazada á la nube pasajera.
¡Esa gota es la vida! En su camino
Las cumbres escarpadas besa y besa.
En la hendedura del guijarro humilde
Un átomo sepulta, y en la tierra
Otro átomo desliza; y al arroyo,
Movable sierpe que en el campo ondea,
Arroja luego su restante líquido
Que vuelve al ancho mar donde naciera.
No en vano sus moléculas purísimas
A su paso esparció. Grata influencia
Determinan doquier. Son germen rico
Con que el mundo se nutre y alimenta.
En el monte la gota (nieve ó hielo,)
Es cascada y laguna y fuente amena.
En el guijarro humilde, agente oculto
Que torna en capa vegetal la piedra;
Y en los oscuros senos de los campos,
Es la sangre que corre por las venas
De la flor, de la espiga, de los árboles,
Vestidura del globo, alegre y bella.

¿Por qué enlace los fragmentos poéticos á los períodos de prosa en estas Páginas?

Son memorias y pensamientos fugitivos de mi vida, que nacen de la forma espontánea de todo sentimiento puro, y que al trasladarse al papel deben mostrar idénticas desaliñada vestidura.

Si estos artículos son buenos en el fondo, nada pierden con su extraño ropaje. Si su importancia es negativa, ¿qué hacer?

Por conclusión, diremos que la grandeza del mar aparece en las dos palabras que la definen: *movimiento*, *idealismo*.

El movimiento es el ejercicio del alma, el estudio de las leyes de la naturaleza. El idealismo es el soplo de nuestro espíritu, que nos lleva hacia la región purísima de la divinidad.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.
Málaga, abril de 1872.

Ernesto Laugier.

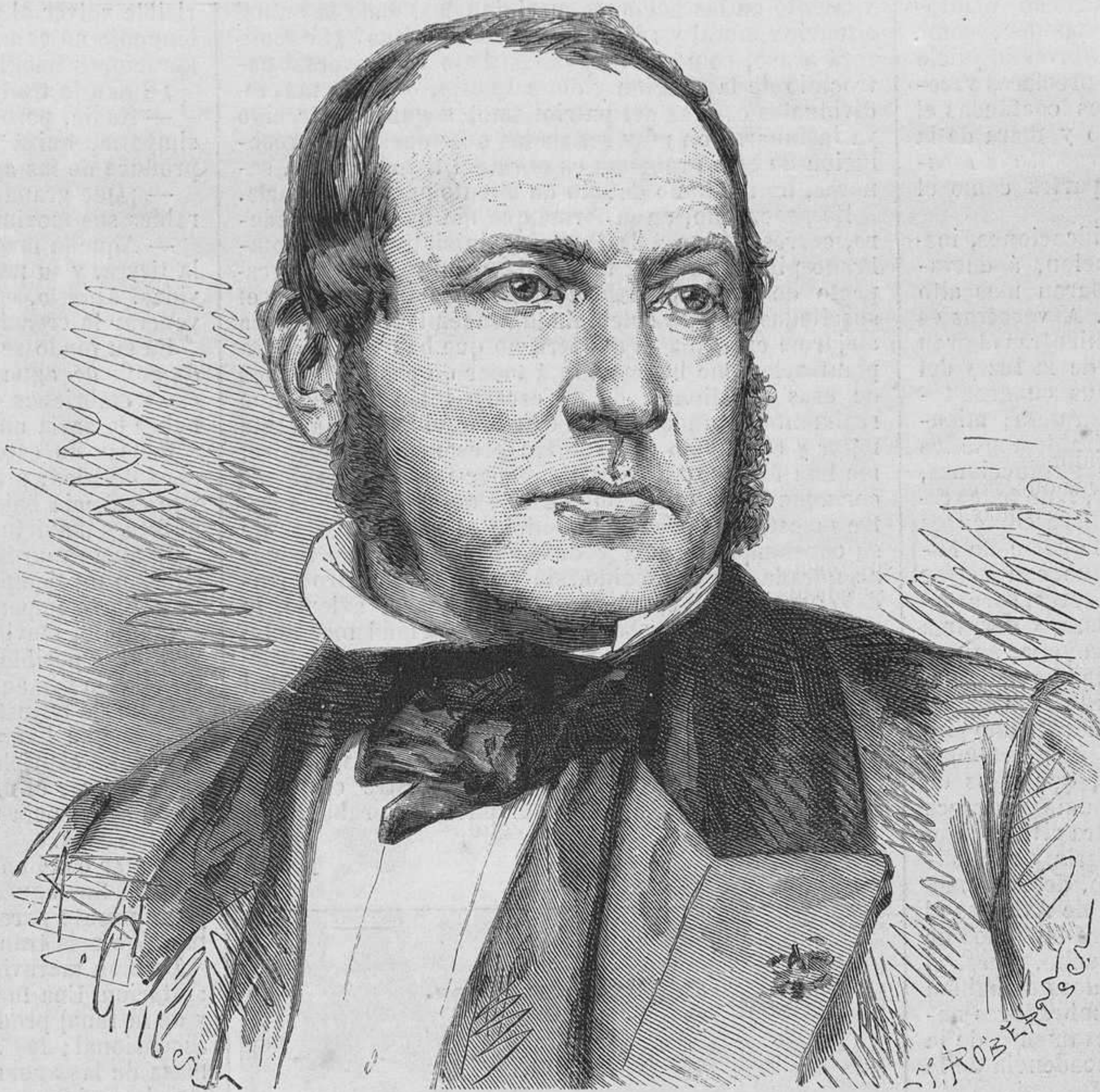
Diríase que una invencible fatalidad persigue á ciertas familias gloriosas para la Francia. Apenas hace dos meses fallecía Estanislao Laugier, miembro de la Academia de Medicina y de la Academia de Ciencias, tan pronto arrebatado á la ciencia y á sus amigos, y hoy tenemos que deplorar la pérdida de Ernesto Laugier, hermano del cirujano, miembro como él de la Academia de Ciencias, y que ha tenido también una muerte prematura, cuando se hallaba en la fuerza de la edad y del talento.

Todos los hombres especiales conocen sus laborio-

sas investigaciones, que han prestado tan buenos servicios á la astronomía; y los señores Faye, Delaunay y el almirante Jurien de la Gravière, han sabido

amor al trabajo, en la práctica del bien, haciendo así del hogar doméstico un asilo de paz y de recogimiento!

J. C.



ERNESTO LAUGIER.

apreciar tales estudios en el supremo homenaje que rindieron á Ernesto Laugier al borde de su tumba, cuando hablaron á nombre de la Academia, de la Oficina de longitudes y de todo el cuerpo de la marina.

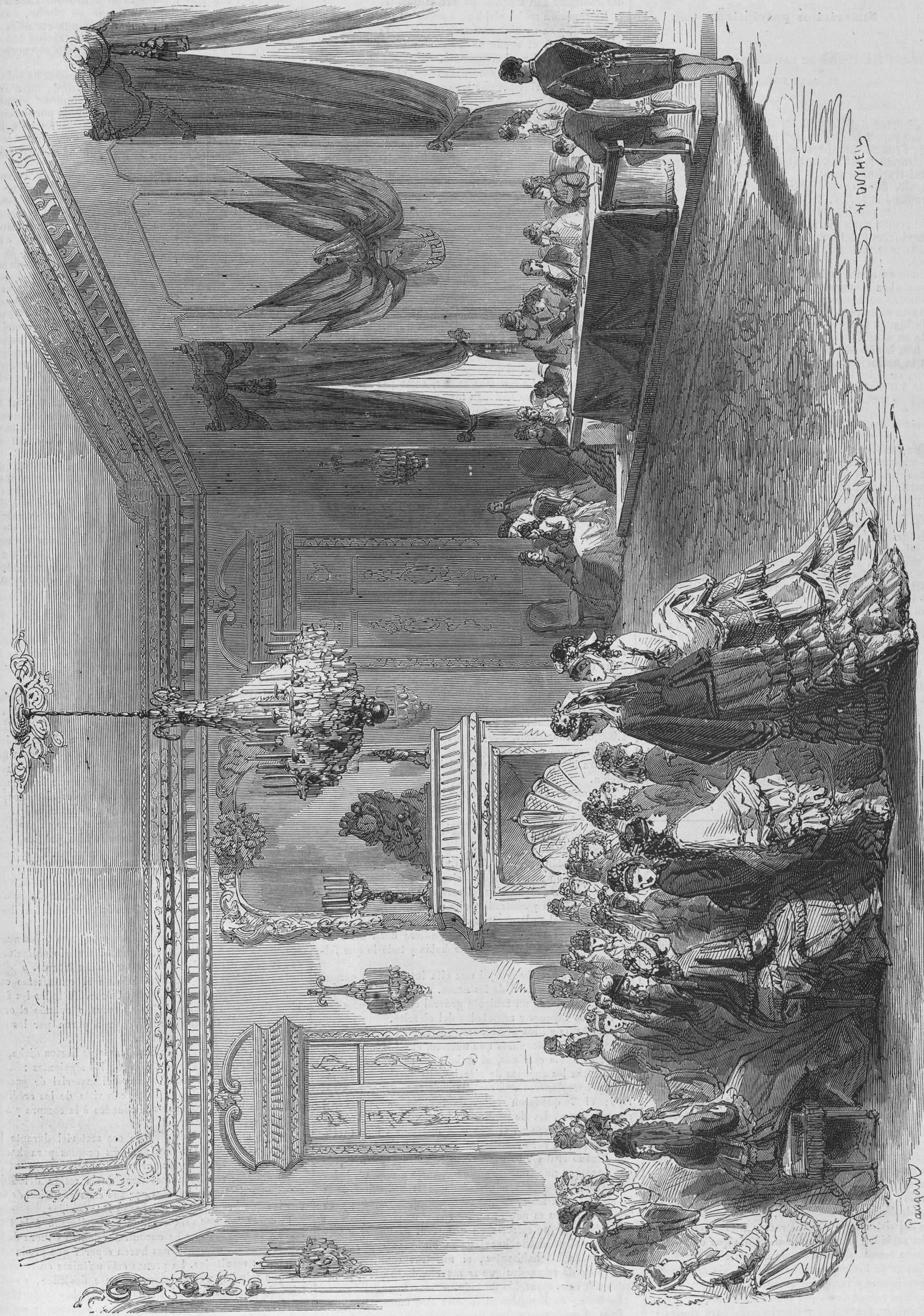
Ernesto Laugier ha sido uno de esos hombres cuya superioridad se impone pronto, y en cierto modo por sí misma. Alumno de la Escuela Politécnica, apenas había cumplido treinta años cuando la Academia de Ciencias le llamó á su seno, en reemplazo de Savary. El mismo año (1843), entraba en la Oficina de las longitudes, y en 1848 era nombrado examinador de marina en la Escuela naval.

Hombre de bien á la par que docto eminente, Ernesto Laugier no tiene que esperar biografía: su vida entera está en sus obras, en los servicios que ha prestado al país, y lo mejor que podemos hacer es repetir aquí las palabras pronunciadas recientemente por el almirante Jurien de la Gravière, en presencia de una multitud respetuosa y conmovida, palabras tan aplicables á los dos hermanos que habían tenido una vida común, y que la muerte cruel tan pronto ha reunido:

«¡ Felices aquellos, dijo, que en estos tiempos turbados no han abandonado nunca las serenas regiones de la ciencia, que, como el amigo, cuyo duelo nos reune, no han tenido otro cuidado sino el de educar á su familia en el



ESPAÑA. — Partida de carlistas en los montes de Navarra.



H. DUYHEIN

Paugard

PARIS. — Una sesión del Comité de las Señoras de Francia.

Suscripcion patriótica.

UNA SESION DEL COMITÉ DE LAS SEÑORAS DE FRANCIA EN EL GRAN HOTEL.

El director del Gran Hotel de París, ha puesto generosamente á la disposicion del Comité de las Señoras de Francia, una parte de este establecimiento, suministrando todas las instalaciones necesarias para la administracion central.

Nuestro dibujo representa una sesion hebdomadaria del consejo superior. En esa sala se reunen todas las semanas las presidentas de los comités de distrito, y allí se recibe cada día á los delegados de los comités de provincias y del extranjero que vienen á traer las pruebas materiales de que la suscripcion ha encontrado eco.

Sabido es que á la iniciativa femenina debe su origen esa obra inmensa y tan altamente patriótica: por las señoras se desenvuelve y extiende sus ramificaciones hasta el extranjero; y á su voz han acudido las notabilidades financieras y administrativas con las luces de su experiencia y de sus buenos consejos.

Se han hecho objeciones de cierto valor si se trata de la extincion directa é inmediata de la deuda, esto es, si se tuviera la pretension de reunir la cantidad de 3,000 millones; pero que caen por sí mismas cuando se recuerda el principio y objeto de la suscripcion.

Jamás el comité se ha propuesto alcanzar un resultado que era materialmente imposible; jamás el comité ha tenido intencion de recoger en Francia esa suma enorme para exportarla: su fin es mas elevado, mas práctico y fecundo.

Contribuir á la liberacion preparando y facilitando el empréstito, tal es su objetivo, y en este orden de ideas, la via indicada es la amortizacion. Sea cual fuere la suma que se obtenga de los suscritores, seria insuficiente para el caso, si no se empleara á preparar el empréstito, que es inevitable. 500 millones bien utilizados producirán resultados mas que suficientes. Con efecto, esta cantidad consagrada á la amortizacion del futuro empréstito, permitira por medio de la capitalizacion y la acumulacion el amortizar el empréstito, sencillamente en treinta y dos años y con premios en cuarenta y cinco. Gracias á tal perspectiva, la emision podria hacerse á mas de 90 francos, lo que para la renta es la par próximamente; es un 40 por 100 de aumento sobre la fortuna moviliaria de la Francia calculada en 30,000 millones, ó sea 3,000 millones, el empréstito equilibrado. Añádase á esto el aumento en la fortuna inmobiliaria que sigue en sus oscilaciones los mismos movimientos que la moviliaria y se verá el resultado.

Así pues, no lo olvidemos: la *amortizacion* que se propuso desde su origen el comité, intitulado su obra: Suscripcion patriótica para contribuir á la liberacion del territorio.

E. P.

Revista de Paris.

La atencion de los parisienses se ha fijado muy especialmente esta semana en un acontecimiento puramente político; pero tan enlazado con las desgracias de la Francia en la última guerra, que seguramente merecia despertar ese interés en todos los hombres que tienen amor á su patria. En la discusion de las conclusiones del dictámen sobre las contratas del ministerio de la guerra, que tuvo efecto en la sesion del 4 de mayo de la Asamblea nacional en Versalles, el duque de Audiffret-Pasquier pronunció un discurso que, muy aplaudido en la Cámara, ha encontrado eco en Paris y le encontrará en la Francia entera, pues constituye sin duda un documento llamado á producir la sensacion mas justificada y mas profunda.

Esto se explica, porque las revelaciones que en él se han hecho son de tal naturaleza que exigen la resolucion que en el acto tomó la Asamblea, de grande importancia para la reorganizacion del pais, víctima en estos últimos tiempos de abusos verdaderamente intolerables. ¿Qué historia, la de esos industriales que edifican su fortuna sobre la ruina de la nacion! Y como consecuencia lógica de las dilapidaciones y el despilfarro, resulta claramente la condena del sistema de administracion militar que hasta hoy se ha seguido; pues se ve claramente que en el momento de la funesta declaracion de guerra á la Prusia, las plazas fuertes de Francia estaban abiertas, sin armamento, sin provisiones y vacíos los arsenales.

Hay hechos escandalosos por todo extremo.

Las contratas, tanto para vestuario como para víveres y armamento, se elevan á mas de 336 millones, sobre los

cuales se han podido recobrar once: solo en Inglaterra las contratas han ascendido á 116 millones.

La comision no ha olvidado á nadie en punto á responsabilidad, y en su dictámen aparecen cargos contra el mariscal Lebœuf, el conde de Palikao y el gobierno de la defensa nacional respectivamente.

Entrando en el pormenor de las cosas, el duque de Audiffret-Pasquier principia por las contratas hechas en Inglaterra.

Ante todo figura la de M. Chollet, que ganaba 750,000 francos en veinte y cuatro horas.

Por otra parte, sobre la totalidad de una contrata que importa 10 millones, ganan 2 millones los intermediarios.

Despues tenemos la contrata La Rivière ó Frear (entrega de cartuchos). En donde quiera que se lee el nombre de Frear, es seguro que hay ágio. No entrega los cartuchos y cobra 240,000 fr. Despues los da; pero son tan malos, que en dos dias que pasan en las cuevas no sirven ya para nada.

El sistema de los intermediarios es antiguo.

En 1867 se señalan las primeras contratas con la casa Cahen-Lyons, casa designada por la marca de joyas falsas. Es verdad que sobre este punto no hay certeza absoluta; pero la desconfianza existia, y sin embargo se hacen á esa casa ochenta y nueve pedidos en 1867.

El presidente de la comision habla de hombres que despues de haber engañado al Estado, no solo no han sido perseguidos en justicia, sino que han recibido favores.

Pero aun hay hechos mas graves, como por ejemplo, la situacion en que se hallaban los arsenales en el momento de la declaracion de guerra.

En este punto hay una duda, pues el general Susane afirma que habia 10,000 cañones al principio de la guerra, y el general Thomas no halló sino 2,058.

¿En dónde está la verdad?

Lo cierto es que la intervencion en las cosas de la guerra se hacia de tal manera que era imposible que, en un momento determinado, se pudiera presentar un cuadro exacto de las armas existentes en los arsenales.

Sobre esto el orador cita una carta del general de Palikao, en la que se habla del deplorable estado en que se hallaban los arsenales de Estrasburgo, donde faltaba todo: en Forbach hubo baterias de ametralladoras que tuvieron que abandonar el campo de batalla por falta de municiones, y estuvieron largo tiempo muy lejos, porque eran escasísimas las reservas.

Una vez se dió orden de volar un puente, y no fué dable encontrar en todo un cuerpo de ejército la pólvora de mina que se necesitaba para ello.

En Paris al principio del sitio no habia seis baterias disponibles.

Lo mismo ó poco menos sucede en cuanto á los fusiles.

Se dijo que habia en Francia 3.350,000 fusiles, de ellos 1.058,000 chassepots, 358,000 de «tabatière» y 1.400,000 fusiles rayados de piston.

Ahora bien, los documentos oficiales desmienten la alegacion.

Se armaron los dos ejércitos del campamento de Chalons y del Rhin, y en Paris recibieron armas los guardias móviles y los guardias nacionales.

Todo esto se ha contado y resulta que faltan nada menos que 2 millones de fusiles.

¿Dónde están pues, los fusiles y los cañones?

La comision carece de los elementos necesarios para precisarlo, cuando no tiene á mano otra cosa que documentos confusos y contradictorios; y lo que hace es preguntar: ¿Cuál es la organizacion de las oficinas de Guerra? ¿Cómo es posible que no se pudiera decir en 1870 el estado exacto de todo lo que habia y todo lo que faltaba?

M. de Audiffret hace aquí una cita interesante, porque pinta bien la situacion de las cosas.

Es una carta de un teniente general señalado como uno de los mas capaces y respetados del ejército.

«No habia en los almacenes, escribe de Estrasburgo, ninguno de los utensilios que necesita el soldado en campaña; no habia cantinas, ni ambulancias para las divisiones ni para los cuerpos de ejército. Hasta el 7 fué imposible proporcionarse una camilla para trasportar á un herido; el 7 quedaron miles de heridos en manos del enemigo, por falta de medios de transporte. Desde mi llegada á Estrasburgo no vi una sola distribucion de raciones regular, ni para los hombres ni para los caballos.»

»Pasado el día 7 se carece absolutamente de todo, lo que hace que nuestra retirada se asemeje á una verdadera derrota. No puedo afirmar que la organizacion de la intendencia sea mala, ni que su espíritu sea vicioso; pero lo que sí afirmo es que es un cuerpo insuficiente para las necesidades de un ejército en campaña. Si nuestros soldados no viven desde hace cuatro dias mas que con las limosnas de los habitantes, si nuestros caminos están sembrados de rezagados que se mueren de hambre, la intendencia es responsable de todo.»

En Metz y en Estrasburgo sucedia otro tanto.

Pero el orador no quiere hacer mas que esa cita, porque cree no se pondrá en duda su autoridad.

Con efecto, el que habla así, el que dice que faltaba todo, es el conde de Palikao en su libro publicado recientemente.

Lo que no faltaba, sin embargo, era la complicacion burocrática.

M. de Audiffret, examinando el régimen de los arsenales, dice que antiguamente, se concretaba la administracion á una cuenta de entrada y de salida. Esto pareció despues un poco primitivo, y en 1843, se decidió que la cuenta material se sometiera al Tribunal de cuentas.

Pero ¿cómo se hacia? Por unidad de materias, lo que produjo el laberinto mas intrincado.

Por ejemplo, se cuentan 287 especies de clavos y 380 especies de tornillos.

Era difícil clasificar las unidades, y lo que hicieron fué clasificar por categorías.

Hubo así la categoría del mueblaje; mas en esta categoría figuraban juntos, un cepillo para limpiar botas, un vaso de beber agua y una chimenea á la prusiana; y el tribunal de cuentas sumaba gravemente esas tres unidades tan distintas.

Comprendieron entonces que el sistema necesitaba perfeccionarse, y decidieron convertirlo todo en valores.

Con arreglo á una tarifa señalaban el valor del cepillo, del vaso y de la chimenea, y sumaban unidades semejantes, esto es, francos.

Pero aquí hubo otro inconveniente, cual fué el de fijar exactamente el valor segun la tarifa; y además, el nuevo sistema podia dar origen á muchos fraudes.

¿El fraude! Hé aquí la palabra que se lee entre todas las líneas del discurso que analizamos.

Examinando el papel de la intendencia militar, cita el caso de un intendente que habia pagado dos veces una suma de 640,000 fr.

Llamado ante la comision, respondió cuando le preguntaron por qué no habia dado conocimiento de este hecho al ministro, que esperaba la restitucion de aquel dinero. Es decir, que los hombres que á sabiendas y fraudulentamente habian cobrado dos veces la suma, iban á hacer la restitucion por remordimientos de conciencia.

No por cierto, añade el orador, eso no es la verdad.

Y sobre esto se pregunta si no seria mejor reemplazar el cuerpo de la intendencia por un cuerpo civil de intervencion, reemplazar el elemento militar por el civil, que ofreceria en este caso, mas independencia.

La comision de informacion que tiene que nombrarse, se preguntará qué ha sido de los millones destinados á los arsenales, y podrá investigar hasta qué grado fueron devorados en el golfo de Méjico.

Si, la publicidad es necesaria es un deber para todos, y la Francia puede levantarse si tiene valor para ver sus faltas y aplicarlas el oportuno remedio.

M. de Audiffret-Pasquier termina preguntándose cómo ha sido que los negociantes no hayan visto otra cosa que el dinero en presencia del enemigo. ¿En qué escuela se han educado esos hombres? Cuando se ve que los campesinos se convierten en abastecedores de los alemanes, se descubre un estado social que exige grandes cambios.

«Es verdad, añade, que por otra parte, se ve al ejército silencioso y laborioso fuera de toda idea política, y no podemos sobre esto callar nuestra impresion. El ejército nos salvó en 1848, nos ha salvado en 1871 y está pronto á salvarnos todavía: no se nos diga pues, que no es á esa escuela á donde debemos enviar á los que han olvidado el carácter francés, ese carácter francés cuya principal base es el honor.»

»El ejército: tal es la grande escuela; que todos nuestros hijos vayan á las filas, y que el servicio obligatorio sea la grande escuela de las generaciones futuras.»

Las crónicas de Versalles señalan el entusiasmo con que fueron oidas estas últimas palabras. En todos los ámbitos de la sala resonaron los aplausos, y cuando el orador bajó de la tribuna fué felicitado á porfia por los diputados de todas las opiniones.

Así fué que, por unanimidad, como ya hemos dicho, se adoptaron las conclusiones, que son las siguientes:

Investigar cuál era la situacion del material de guerra existente el 1º de julio de 1870, con vista de los ejércitos ordinarios y extraordinarios destinados á la compra y transformacion del material.

Dar á conocer el empleo de ese material durante la guerra y estudiar las medidas mas propias para hacer constar la situacion de los arsenales.

Hé aquí los resultados prácticos de la sesion del 4 de mayo, una de las principales por sus consecuencias, de todas las que hasta hoy ha celebrado la Asamblea.

El ardor con que esta cuestion se ha llevado á la Cámara y la acogida que ha encontrado dentro y fuera de la representacion nacional, nos hacen esperar que producirá excelentes resultados. La prensa está unánime en reconocer que solo hay una causa en todo ese desorden, y es la falta de responsabilidad. Sin ella no hay autoridad, ni ejército, ni administracion, ni buen gobierno, y un estado tal debe cesar, porque seguramente ha pasado el tiempo de las contemplaciones, y si la Francia ha de le-

vantarse de sus ruinas, como lo esperamos, es preciso descubrir las llagas y aplicarlas el eficaz y urgente remedio que se necesita para que el cuerpo social vuelva cuanto antes al estado sano. Oportunamente diremos á nuestros lectores, si este buen propósito produce esos efectos saludables.

El patriotismo debe ayudar mucho á esta tarea, ó mejor dicho, debe ser en ella el principal estimulante. Ahora bien, confiamos en la fuerza de este sentimiento que hace la grandeza de las naciones, cuando todos los dias estamos viendo pruebas de que no se ha amortiguado en lo mas mínimo, sino que antes bien, las desgracias de la nacion le han avivado.

Un caso aislado queremos citar, porque entra de lleno en el dominio de la crónica de la semana.

El domingo último habia en el Circo una fiesta solemne, con motivo de las recompensas que la Sociedad nacional de fomento á la virtud concede todos los años á los que se han hecho dignos de una distincion tan honorífica.

Como de costumbre, se pronunciaron discursos exponiendo los méritos de los laureados, y luego comenzó la distribucion de premios, amenizando el acto la música de la guardia republicana.

El departamento del Loira se llevó una medalla colectiva; y otra de la misma clase se entregó á la Sociedad francesa de socorros á los heridos.

Pero el triunfo de la solemnidad fué para la señora viuda de Kiené, que se ha distinguido por un rasgo altamente patriótico.

Natural de Estrasburgo, hacia doce años que estaba empleada en el ferro-carril de aquella ciudad cuando estalló la guerra, y desde aquel dia se convirtió en enfermera del ejército, sin distincion de nacionalidad, pues con igual celo cuidaba á sus compatriotas y á los enemigos, que estaban en el caso de recibir sus socorros.

Hizo aun mas : logró introducirse en Alemania con encargos para los prisioneros franceses, y cuando Estrasburgo pasó á ser propiedad de los alemanes, la señora de Kiené se refugió en Paris con sus hijos.

La emperatriz de Alemania que habia sabido que muchos oficiales prusianos debian la vida á sus cuidados, envió á la enfermera en muestra de agradecimiento, la condecoracion de la cruz de hierro, y el oficial que la traia, tenia orden de suplicar á la agraciada que volviese á Estrasburgo, donde le reservaban una posicion independiente y muy lisonjera.

La contestacion fué la siguiente, dirigida al canciller de Prusia :

« Os devuelvo la condecoracion que me ha concedido S. M. la emperatriz, porque me es imposible aceptar una distincion de una soberana que ha hecho invadir, saquear y quemar mi patria y la ciudad en donde he nacido. Si cuidando á mis compatriotas he podido hacer algun bien á los alemanes, ha sido porque ante el dolor no he visto la diferencia de nacionalidades, y me basta la aprobacion de mi conciencia de francesa, que no ha comprendido nunca la crueldad contra los vencidos, los enfermos y los niños. Hacedme el favor de entregar la cruz adjunta á la emperatriz, pues seria una injuria para una alsaciana. »

La señora de Kiené recibió de la Sociedad de fomento una corona cívica y la gran medalla de honor, en medio de las aclamaciones de la numerosa reunion que asistia á tan interesante ceremonia.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

LA CARITEÑA.

Romance.

LA SEÑORA DOÑA ALEJANDRINA BENITEZ DE GAUTIER,
COMO RECUERDO DE AMISTAD Y GRATITUD.

(Continuacion.—Véase el N° 1,009).

¿Quién es? preguntanse todos;
¿Quién es? murmura la brisa;
¿Quién es, la noche pregunta,
Y nadie en su nombre atina;
En tanto que se adelanta
Aquella vision, bellisima
Como las grandes creaciones
De los divinos artistas
Que veneran inmortales,

Florenca, Roma y Sevilla.
¡Es ella, la Cariteña!
¡La siempre preciosa Aminda!
Es ella que abandonando
Del *Carite* (1) el aura amiga
Y la risueña morada,
Sombras buscó en *Buena-vista* (2)
Donde á lucir su donaire
Setiembre alegre la invita.
Mirad, mirad en su rostro
Ojos que el pincel no pinta,
Labios de un clavel formados
Y amapolas por megillas.
Ved; entre el blanco jubon,
Plegado con verdes cintas,
Quiere asomar cauteloso
Albo el seno do se anidan
Un corazon y un alma
Llenos de esencias divinas;
Que es el amor un perfume
De flores que el cielo cria.
Vedla allí; entre los grupos
De las rojeñas festivas
Por gozar tambien, bajó
De su enramada sombría.
Mirad como á los galanes
Con su mirada cautiva,
Y su acento se disputan,
Y le rinden pleitesía;
Ardiendo en celos las damas
Contra la huesped altiva,
Porque así de los mancebos
La admiracion se conquista;
Mientras triste ella pugnaba
Por darles una sonrisa.
¿Qué pasa en la *Cariteña*
Que está á nuestro afan esquiva?
Se escucha un sordo murmullo
Entre la jóven pandilla,
Que incienso quemando está
A la forastera Aminda;
No por su diva hermosura
Que la rojeña no envidia,
Es solo la novedad
Que á las fiestas imprimia.
De repente de la jóven
Enciéndese la megilla,
Y de sus órbitas quieren
Saltar las níveas pupilas,
Delineando en sus corales
Dulce, coqueta sonrisa.
Buscan todos el objeto
Que así á la huésped excita,
Y altivo, moreno mozo,
La blanca mano de Aminda
Estrecha, clavando en ella
Tierna mirada expresiva.
Es Luis, que desde las márgenes
Del *Plata* el brillo seguia
De la estrella del *Carite*,
Venciendo lomas y rias.
Es Luis, á cuya presencia
La multitud se retira,
Pues claro dicen sus ojos
Que es sultan de aquella ninfa.
Y no estorbar al amante
Es principio socialista.

V.

En dulce coloquio Luis
Y su nereida gozaban,
Y alguna vez á los *dados*
Una moneda tiraran,
Para alejar del curioso
La sospechosa mirada,
Sin cuidarse del que diestro,
Sus bolsillos explotaba;
Pues de su Aminda los ojos
Es el juego-que le embarga.

(1) Sierra situada entre los pueblos de Cayey y Guayama.
(2) Cerro de Cabo-Rojo.

Y en medio de aquel babel
De músicas y algazara,
El sol le sorprenderia
En su tiernísima plática,
Interrumpida en intervalos
Por un necio camarada.
¿Qué importa al amante allí
Las férias y las jugadas?
Sus fiestas son sus amores,
Único iman que lo arrastra,
Por eso de la ocasion
Enamorados gozaban,
Cual palomas en sus nidos
Por el amor arrulladas;
Apurando de la noche
Las horas breves y gratas,
Hasta que la voz materna
Término á la escena daba.
Como Luis y Aminda, otros
En agrupaciones varias
Se confunden y disuelven
Allá por la madrugada,
A la otra noche tornando
Tras el ruido de la plaza,
Si Terpsicore festiva
Nuevos goces no anunciaba;
En cuyos recintos juntos,
De su amor haciendo gala,
Aminda y Luis se confunden
En deliciosa lazada,
Su negro rizo besando
Al dulce son de esa danza
Que saborear solo sabe
Quien tiene tórrida el alma,
Y vió el sol en esta tierra
Por el amor fecundada.

VI.

Es un baile. En el salon
Lucen al par que sus galas
Y su hermosura gentil,
De cien doncellas las gracias.
En amoroso vaiven,
Apacible como el aura,
En aquel jardin de flores
Aminda y su Luis se lanzan,
Por cielos de amores puros
De los dos vagandó el alma.
De pronto un jóven ignoto,
Que acaso el grupo envidiaba,
Con ademan descortés
Hacia los dos se abalanza,
Brusco su brazo ofreciendo
A la pareja cuitada;
Quien comprimiendo la mano
De su galan, le indicara
El disgusto que sintiera
Si cedia á tal instancia.
Volvióse Luis al intruso,
Y con atentas palabras,
Negóse á aquella vulgar
Como imprudente demanda.
Su mano el mancebo pone
Del jóven Luis en la cara,
El que al ver su honor herido,
Por los cabellos arrastra
Al cobarde que en su rostro
Imprimió tan fea mancha.
Un ¡ay! intenso, profundo,
Por el salon se dilata,
Y en los brazos de su madre
Vése Aminda accidentada.
Cesó la danza; desierta
Al punto queda la sala;
Y de Luis y su agresor
Nadie los pasos alcanza.

.....
.....

(Se concluirá.)

Estrasburgo.**DEMOLICION**

DE LAS FORTIFICACIONES Y DE LA CIUDADELA DE ESTRASBURGO.

Dos proyectos preocupan en el día al gobierno alemán de Estrasburgo: uno relativo al ensanche de la población, y otro al establecimiento de fuertes sueltos.

Este último, que no solo consiste en la construcción de cinco fuertes, sino en la creación de un ferrocarril que los pondrá en comunicación á todos, y una estación estratégica, merece ser estudiada con atención, y así lo haremos próximamente.

En cuanto al primero ha comenzado ya á ejecutarse, pues hace mas de un mes que muchos obreros militares se ocupan en destruir las obras avanzadas de la ciudadela. Los bastiones 84, 85, 86 y 87 han desaparecido ya completamente, y sus fosos están cegados.

El plan de ensanche de la ciudad, comprende, al Norte, desde Finkmatt hasta el canal del Marne al Rhin; al Este, desde la puerta de los Pescadores hasta el mismo canal, y al Sur, la parte del Roberstau, detrás de la Orangeirie y el canal, prolongándose hasta el pequeño Rhin y juntándose con la ciudadela.

El nuevo recinto comenzará en la puerta de Piedra, formando continuación al bastion 53, que prolonga en línea directa hasta el canal del Marne al Rhin, atravesando á su paso el río del Aar, brazo del Ill y la isla de Wacken. En la confluencia del canal del Marne sigue la ligera curva del atajo del Ill, y continúa á ángulo recto á orilla del canal hasta cerca de la reunion con el Rhin, cortando de nuevo á su paso el Ill, así como el canal en proyecto, destinado á poner el gran receptáculo que deben abrir entre la explanada y la ciudadela, en comunicación directa con el Rhin.



Demolicion de una parte de las fortificaciones de Estrasburgo para el ensanche de la ciudad.

Despues el nuevo recinto prolongará casi paralelamente el pequeño Rhin, siguiendo el dique cuyas sinuosidades corta en varios puntos, y se terminará juntándose diagonalmente con las obras 80 y 82. Todos estos trabajos exigirán la demolición de ambas obras, como las puertas de los Judios y de los Pescadores, desde el bastion 53 de la puerta de Piedra hasta la luneta 83 de la ciudadela, limite extremo del recinto por la parte sudeste.

Hé ahí en breves palabras los ensanches proyectados, y los adjuntos dibujos darán á conocer toda su importancia. H. V.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el N.º 1,009.)

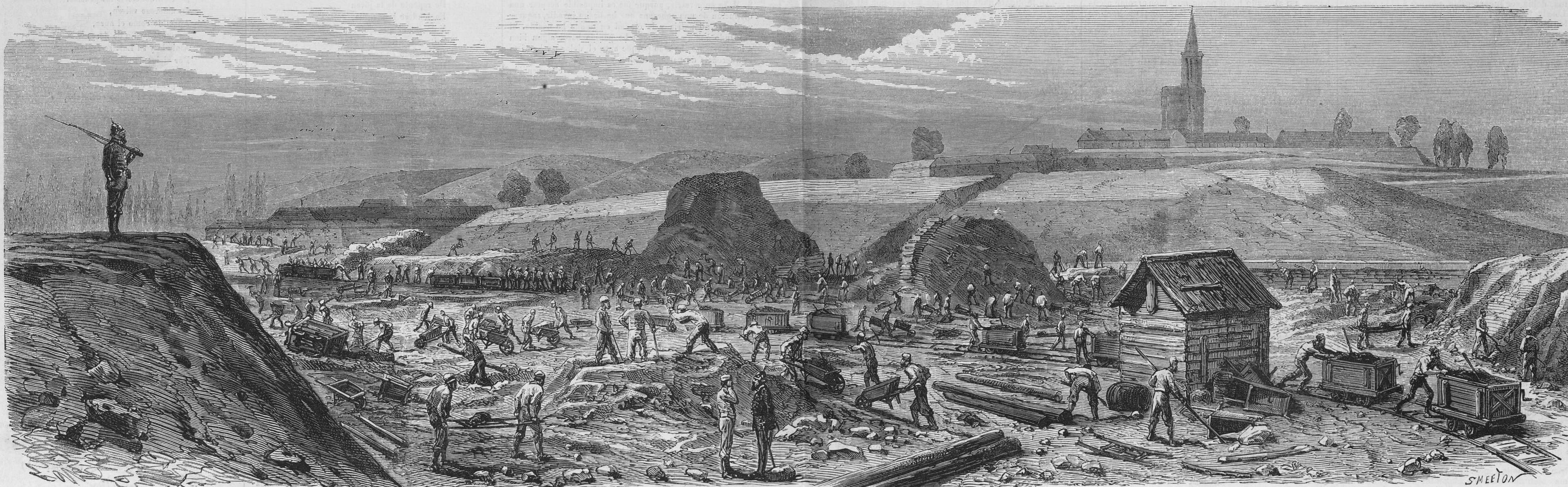
Losely exclamó con obstinacion: — ¡Cuidado con lo que decís! ¿Cómo lo sabeis?

Gunston respondió: — Cuando salí de vuestro cuarto fui á tomar una nota de los números de mis billetes. Héla aquí en mi cartera. Losely miró la cartera y retrocedió como herido por un rayo.

El cuñado de Losely que estaba entonces en aquella habitacion exclamó: — ¡Oh William, vos no sois culpable, es imposible! Vos sois el hombre mas honrado del mundo. Aquí debe haber alguna equivocacion, señores. ¿Cómo ha llegado á vuestras manos este billete, William? Responded.

Losely no respondió; parecia abismado en sus pensamientos ó en su estupor.

— Voy á buscar á vuestro hijo, William; tal vez podrá él ayudar á explicar este misterio.



Demolicion de una parte de las fortificaciones de la ciudadela de Estrasburgo.

Losely pareció entonces salir de su meditación.

— ¡Mi hijo! ¡Cómo! ¿queréis exponerme á ruborizarme en presencia de mi hijo? Ha ido al campo. Vos lo sabeis. ¿Qué debe hacer aquí? Yo soy el que he cogido los billetes. Yo lo confieso. Acabemos.

No veo aquí ya nada importante, añadió el coronel hojeando su manuscrito, como no sea la explicación del crimen. Y aquí volvemos á los prestamistas. Os acordareis que el ayuda de cámara declaró que dos días antes había ido un caballero á ver á Losely. Aquel caballero era el prestamista á quien Losely había entregado su fortuna para verse libre de él. Declaró que Losely le había escrito algunos días antes para decirle que necesitaba tomar á préstamo dos ó trescientas libras esterlinas que podría cobrar de su sueldo, y preguntarle con qué condiciones podría tomarlas.

El prestamista, que tenía un asunto pendiente en un punto cercano, fué en persona á discutir el negocio, y preguntó á Losely si no tenía alguna persona que consintiese en responder por él, indicándole al mismo tiempo su cuñado.

Losely respondió que aquel era un favor que no solicitaría de nadie, que su cuñado no tenía otros recursos para vivir que su sueldo de primer dependiente de una casa de comercio, y que si él, Losely, llegaba á perder su empleo, lo que podría llegar á suceder el día en que Gunston se cansara de él, ¿quién podría asegurarle que su deuda no recaería en su fiador? El prestamista observó que la naturaleza precaria de su sueldo era precisamente lo que le hacía deseear una garantía.

Entonces Losely respondió:

— Sí; pero si sabeis que correis ese riesgo, podeis obrar en consecuencia como os parezca. Entre vos y yo, la deuda y el azar; es cuestion de un negocio bueno ó malo, pero entre mi fiador y yo, sería una cuestion de honor.

Finalmente, el prestamista consintió en proporcionarle aquella suma, exigiendo por supuesto un crecido interés. Losely dijo que reflexionaria y le manifestaría su decision.

La conversacion no pasó de aquí; pero Gunston preguntó si Losely había tenido antes algunos negocios con el prestamista, y qué razones tenía para creer que Losely necesitaba dinero en aquel momento.

El prestamista respondió que Losely tenía probablemente que terminar algun negocio de sport ó de juego, porque para pagar una deuda de juego, había unido su firma á la de Carlos Houghton en un recibo de mil doscientas libras esterlinas.

Gunston manifestó entonces á un amigo mio que aquello fué lo que le decidió á declarar como testigo en el proceso, y ya comprendereis que si Gunston no hubiera hablado, no habría habido pruebas suficientes para condenar á Losely. Pero Gunston consideraba que un hombre capaz de disipar en el juego toda su fortuna, debía ser incorregible, porque á él le parecía que Losely tenía alguna parte en aquella deuda del capitán Houghton. El hombre que forzaba el cajón de su escritorio, no podía obrar de una manera tan delicada ocultando su ruina por no herir la reputacion de aquel que la había ocasionado.

En una palabra, Gunston consideró á su infiel mayordomo, no como un hombre que había cedido á una tentacion repentina en un momento de apuro, sino como un bribon consumado en el arte del disimulo y al cual la vindicta pública debía tratar sin lástima. De este modo, Lionel, fué William Losely procesado, juzgado y condenado á siete años de deportacion. Como se había confesado culpable, habría probablemente alguna reduccion en el término de la pena.

Lionel estaba aun demasiado agitado para poder hablar. El coronel, aparentando no apercibirse de su emocion, volvió á hojear su manuscrito.

— Aquí hay consignadas algunas dudas relativas á las pruebas alegadas contra Losely por el abogado que envié á William para que le ayudara con sus consejos, así que tuve noticia de aquel suceso.

— ¡Hicisteis eso! ¡Que el cielo os recompense! dijo Lionel sollozando. Pero mi padre... ¿dónde estaba?

— ¿Dónde estaba entonces? En el sepulcro.

Lionel exhaló un profundo suspiro, como para dar gracias al cielo.

El abogado, hombre hábil, estaba en la persuasion de que si Losely no se hubiera reconocido culpable, acaso hubiera podido sacar algun partido, á pesar de su primera confesion, y deshacer todas las sospechas que había contra él. En la galeria donde se encontró el clavo, había una puerta que daba al parque, aquella puerta se encontró abierta al día siguiente por la mañana, un ladrón podía haber entrado y penetrado fácilmente por allí al gabinete. El clavo fué descubierto cerca de la puerta; el ladrón podía haberlo dejado caer allí apagando su luz, lo que efectivamente sucedió segun la declaracion del criado. Otra circunstancia en favor de Losely. Justamente se encontró fuera de la casa, cerca de un laurel, un cabo de una de esas cerillas de color de rosa, que se ven frecuentemente en las cajitas de fósforos. Si el ladrón se hubiera servido de aquella vela, parece natural que apagando su luz antes de salir de la casa, arrojase lejos de sí el cabo que le quedaba en el momento de encontrarse al aire libre. Pero á Losely nadie le había visto jamás servirse de aquella especie de vela que parecía proceder mas bien de entre los elegantes utensilios de un dandy de Londres. También debía observarse que el criado no había visto el rostro del ladrón. Su testimo-

nio únicamente se apoyaba en el color de la capa, y un segundo interrogatorio podía demostrar su poco valor. El perro ladró antes de que se viera la luz; no fué pues la luz lo que le hizo ladrar. El perro quería salir del patio, alguna persona extraña debía haber en los jardines. Siguiendo este indicio el abogado adquirió la certeza de que se había visto en el parque, entre la bruma, una persona extraña que se dirigía á la casa. Y, lo que podía considerarse como decisivo, en la estacion del camino de hierro, situada á cinco millas de la casa de mister Gunston, llegó justamente á aquella hora un forastero para el tren de la noche, que se dirige del Norte á Londres, y se detuvo en aquel sitio á las cuatro de la mañana. El jefe de la estacion recordó que aquel extranjero había tomado un billete, pero no observó su fisonomia. Sin embargo, otro empleado fijó en él tanto la atencion que cuando el viajero subió á un carruaje de primera clase, dijo en seguida al jefe de la estacion:

— ¡Calle! este caballero tiene una capa parda, lo mismo que la de M. Losely, si no fuese mas delgado y mas alto, hubiera creído que era el mismo M. Losely.

Y Losely no fué á aquella estacion hasta el día siguiente, á pié, con su maleta en la mano.

El jefe de la estacion y el empleado declararon que en aquel momento no llevaba capa, tanto, que cuando subió á un carruaje de segunda clase, el empleado le dijo:

— Hace una mañana muy cruda, mister Losely, vais á tener frio.

Por último, en cuanto al motivo que había hecho que Losely entrara en deseo de tomar dinero á préstamo, su cuñado declaró que el hijo de Losely había hecho muchas locuras, estaba lleno de deudas y que huyendo de sus acreedores se había ido á ocultar en una ciudad del condado, donde William Losely se había detenido algunas horas al dirigirse á Londres. El cuñado sabía tambien que el principal del jóven había escrito á Losely muchos días antes una carta sumamente benévola en la cual deploraba las locuras de su hijo, y le manifestaba que si aquellas deudas no llegaban á solventarse tendria que perder un destino en el cual podía crearse bien pronto una buena posicion, porque tenía una inteligencia clara y pronta, y era imposible no manifestar alguna indulgencia por un muchacho tan agradable por su talento y su buena presencia. Losely había ido á Londres á buscar al prestamista para cuya casa iba á salir en el momento que llegó. Pero ¿para qué pedir prestado cuando acababa de robar justamente mas dinero del que necesitaba?

El hecho mas grave alegado contra Losely era el descubrimiento del billete de banco de cinco libras que le habían encontrado, y cuyo número declaraba Gunston haber apuntado anteriormente en su cartera. Difícil era por cierto triunfar de tal dificultad; sin embargo, un abogado hábil podía muy bien arrojar alguna duda sobre el testimonio de Gunston; un hombre tan distraído, segun manifestaban todos, podía haberse equivocado en el número, etc. Provisto de este plan general de defensa, el abogado fué personalmente á ver á Losely á su prision, pero Losely rehusó su auxilio manifestando una violenta cólera; decia que prefería la muerte á ver encaminadas las sospechas sobre un inocente.

Respecto á la capa, declaró que la había guardado en su maleta. Ya veis que á pesar de ser culpable todavía abrigaba aquel hombre por una feliz contradiccion algunos nobles sentimientos. ¡Pobre Willy! Ni siquiera quiso citar para su descargo á ninguno de sus antiguos amigos, en testimonio de la estimacion de que gozaba generalmente. Pero de cualquier modo ¿qué había de hacer el tribunal si él mismo se declaraba culpable? Terminemos esta conversacion que empieza ya á ser para mí extremadamente dolorosa. Deciais que teniais que hablarme de uno que llevaba ese mismo nombre cuando terminase mi historia. Hablad.

— Estoy tan turbado, balbuceó Lionel, temblando aun de emocion, que apenas puedo responderos, que apenas puedo invocar mis recuerdos... Pero... pero al oiros describir á aquel pobre William Losely, hablando de su talento de actor, no he podido menos de creer que le he visto.

Y Lionel empezó á hablar del gentleman Waife.

— ¿Sería ese vuestro hombre?

Alban movió la cabeza con incredulidad.

— ¡Hé aquí lo que es la juventud con sus ideas románticas! dijo entre sí. Por do quiera descubre semejanzas imaginarias.

Después dijo en alta voz:

— No, hijo mio, mi William Losely nunca se haría cómico de la legua, para representar en las ferias de las aldeas. Por otra parte tengo buenas razones para creer que los negocios de Willy marchan ahora bien; probablemente habrá hecho suerte en la colonia á donde fué desterrado, porque... ¿En qué época decís que visteis á vuestro cómico de la legua?

— Hace cinco años.

— Pues bien, uno ó dos años antes, aquel excéntrico bribon envió á M. Gunston, el hombre que hizo que le desterrasen, cien libras esterlinas. ¡Ah! es preciso que sepais que Gunston, cada vez mas triste y desorientado cuando perdió á Willy, procuró distraerse haciéndose director de una compañía de un camino de hierro. La compañía no era mas que una bola de jabon que se disipó en el aire, y los accionistas hicieron blanco de su indignacion al único hombre rico

que podía pagarles, mientras que los demás le engañaban. Gunston quedó arruinado; arruinado en su fortuna y su reputacion huyó á Calais, donde hará unos siete años, en un momento de grande estrechez, recibió del pobre Willy una carta benévola, afectuosa, con palabras de perdon y cien libras esterlinas. Supe esto por el pariente mas cercano de Gunston, á quien este refirió el caso llorando como un niño. Willy no daba ningun rastro para que se averiguase su paradero, pero en aquella época debía vivir con demasiado desahogo para especie de saltimbanqui. ¡Pobre y querido Willy! ¡Infame pillastron, corazon generoso! ¡Ojalá me hubiera robado á mí!

— ¡Oh! coronel; dijo Lionel, me atrevo á jurarlo, el hombre que me habeis retratado no ha robado nunca á nadie... Es imposible.

— No, es muy posible. ¡Tal es el corazon humano! dijo Alban Morley. Y, después de todo, él debía á Gunston aquellas cien libras. Porque Gunston recibió por un conducto misterioso, antes del proceso, todos los billetes de banco que le faltaban, excepto cien libras. Willy debía, pues, aquellas cien libras á Gunston, aunque acaso no le debía aquella carta afectuosa y llena de perdon... Pero dejemos esta conversacion. Segun decís, habeis oido pronunciar el nombre de Losely... es posible. Existen muchos miembros de la familia del baronet; pero ¿cuándo y dónde lo habeis oido pronunciar?

— Hé aquí cómo... El hombre en cuyas manos obraba mi letra de cambio (¡Ah! esta palabra me hace daño!) me recordó, cuando fué á mi casa, que le había visto en la de mi madre... Mi madre le conoció por una casualidad... Me dijo que experimentaba una grande estimacion hácia mí, una viva admiracion por M. Darrell, y, esto es lo que me admira, me preguntó si había oido alguna vez hablar á M. Darrell de sir Jasper Losely...

— ¡Jasper! exclamó el coronel, ¡Jasper! proseguid.

— Yo respondí negativamente, y entonces M. Poole (así se llama) sacudió la cabeza y murmuró:

— ¡Mal negocio!... ¡muy malo! Yo podría hacer á M. Darrell un gran servicio si me lo permitiera.

Después empezó á hablarme, lo que me pareció una habladeria impertinente, de escándalos de familia, de la miseria que lanza á los hombres á la desesperacion, de compromisos, y finalmente terminó rogándome, si amaba á M. Darrell y deseaba evitarle grandes disgustos, que le persuadiese para que concediese una entrevista á M. Poole. Después habló de la reputacion de que gozaba personalmente en la City, etc. Me rogó que no pensara en pagarle hasta que no me pareciera mas conveniente. El guardaria la letra en su gabela, nadie conocería su existencia, tendria el mayor gusto en hacerme aquel favor... En seguida dejó una tarjeta sobre la mesa y se fué. ¿Qué me aconsejais? ¿Debo hablar de esto á M. Darrell ó guardar silencio?

— No le digais nada hasta que yo vea por mí mismo á mister Poole... ¿Teneis ahí el dinero para pagarle? Dádmelo... y las señas de la casa de M. Poole, iré á verle y arreglaré este negocio... ¿Quereis tirar del cordón de la campanilla? (Al criado que entra.) Que ensillen mi caballo.

Después, cuando volvieron á quedarse solos, el coronel Morley se volvió hácia Lionel, le puso una mano en el hombro, y con la otra estrechó cordialmente la del jóven.

— Lionel, dijo Alban Morley, os quiero, me interesais; ¿á quién no le pasaria lo mismo? Unicamente por vuestro bien os he referido esa historia, venciendo una repugnancia penosa. ¿Habeis visto á dónde arrastran á los hombres la usura y los prestamistas? Miradme cara á cara. ¿Sentís ahora el valor de que antes desconfiábais? ¿os volvereis á meter en otro negocio como este?

— Nunca. La leccion ha sido cruel, pero os doy gracias y os bendigo por habérmela dado.

— Ya sabia yo que me dariais gracias. Pensad bien en lo que os he dicho. No trateis con ligereza los negocios de dinero... El dinero es la reputacion. Escuchad.

— Basta, coronel, os lo ruego...

El coronel Morley continuó:

— He levantado una punta del velo que encubria las faltas de vuestro padre, pero escuchad: Si Carlos Houghton, como vos hermoso, jóven, amable, querido por los hombres, mimado por las mujeres; si Carlos Houghton al entrar en la vida hubiera mirado el espejo en que acabo de presentaros las consecuencias que acarrearán para el día de mañana las deudas contraídas hoy, Carlos Houghton se hubiera aterrorizado como vos en este momento, se hubiera curado después como vos os curareis... Humillado por vuestra primera falta, sed indulgente para todas las tuyas... Considerad su vida en el punto en que yo le conocí por la primera vez, cuando su corazon era leal y su lengua sincera; suprimid el intervalo, imaginaos que os ha dado la existencia para reemplazar las hojas de su vida que nosotros borramos y desgarramos en este momento... A cada error que eviteis decid: «Así es como advierte el hijo al padre.» A cada una de las acciones que puedan honraros, á cada sacrificio penoso que os impongais, decid en vuestro interior: «Así debe pagar el hijo una deuda de su padre.»

Lionel unió las manos, y levantó al cielo sus ojos llenos de lágrimas, como si dirigiese interiormente una plegaria á Dios. El coronel inclinó la cabeza con una emocion religiosa, y salió sin hacer ruido de la habitacion.

VIII.

El coronel encontró á M. Poole en el momento en que este entraba en su oficina. Estuvo hablando con él cerca de una hora y en seguida se dirigió á casa de Darrell. Acercándose la hora de su cita con su conocido el francés á quien había convidado á comer, su conferencia con su amigo el inglés tuvo que ser muy breve; sin embargo, fué suficiente para confirmar un hecho del cual le acababa de hablar M. Poole. La revelacion de aquel hecho, que Alban había ignorado hasta entonces, fué para Guy Darrell mas dolorosa que la confesion mas violentamente arrancada á un preso en los calabozos de la inquisicion.

A su regreso de Greenwich, Alban Morley dejó á su francés en uno de los sombríos teatros de la capital, bastante á tiempo para que aquel extranjero viese maltratar, destrozarse y martirizar un vaudeville de uno de sus compatriotas; volviéndose despues apresuradamente á Carlton Garden, encontró á Darrell solo, paseándose de arriba abajo por su habitacion, costumbre que había adquirido en su juventud, cuando meditaba sobre alguna cuestion delicada de derecho, ó luchaba contra algun secreto disgusto.

Ciertos hombres de una organizacion nerviosa necesitan cierta accion fisica para calmar la agitacion de su espiritu, y Darrell era un hombre de este género.

Algunas veces se detenía bruscamente descargando su corazon de uno de aquellos secretos que el orgulloso gentleman se había abstenido hasta entonces de confesar á su amigo.

Pero como aquel secreto estaba enlazado con la historia de una persona acerca de la cual importa que el lector sepa ahora mas de lo que sabia el mismo Darrell, nos aprovecharemos aquí de nuestro privilegio de historiador y á riesgo de hacer perder al diálogo su animacion dramática, pero en la seguridad de que el lector podrá en compensacion ver mas claros algunos puntos del pasado que ya es tiempo de revelar, ordenaremos un poco las revelaciones imperfectas que Guy Darrell hizo á Alban Morley. Darrell habló brevemente y con cólera de Arabela Crane sin designarla siquiera por el único nombre por el cual la conoce hasta ahora el lector. Empecemos pues tranquilamente nuestra explicacion por los antecedentes de Arabela Crane.

IX.

El padre de Arabela era un negociante llamado Fossett, y había quedado viudo con ella y otros dos hijos de menos edad. Vivía en Clapham, en una casa de una aparienica poco brillante aunque de sólida construccion, con su jardin correspondiente y sus buenos invernaderos donde se criaban toda clase de frutos en todas estaciones.

Sin embargo, á M. Fossett no le gustaba la ostentacion, solo consideraba el mérito intrínseco de las cosas, no las adquiría con el ánimo de excitar la envidia pública. Cuando comía solo ó con un convidado favorecido entre todos, se hacia servir el mejor Laffitte, el Jerez mas añejo; pero si convidaba á mucha gente, en lugar de Laffitte les daba Saint-Julien; en lugar de Jerez, vino del Cabo.

De este modo, no hiriendo la vanidad de ninguna persona, no pretendiendo hacerse notable, M. Fossett se veía libre de enemigos y exento de cuidados. Tenía fama de hombre activo, de buen corazon, de amigo fiel.

Arabela anunció desde su tierna edad una gran belleza, una inteligencia superior y un carácter firme. Su padre no omitió nada para darla una buena educacion; la puso en un colegio donde daban lecciones los maestros de mas fama, y á la edad de diez y siete años Arabela era la discipula que mas se distinguía.

— Arabela, dijo un dia aquel hombre honrado á su hija, hace poco que has salido para siempre del colegio; la directora habla de tí en unos términos muy lisonjeros en una carta que he recibido esta mañana. Dice que es una lástima que no seas la hija de un pobre. Eres tan formalita y tienes tanto talento, que podrías hacer fortuna si te dedicaras á la enseñanza.

Arabela podia sonreír á su edad á la idea que encerraba este pensamiento, y en efecto sonrió.

— Nadie puede adivinar las vicisitudes que puede uno experimentar en este mundo. Si llevo yo á faltar y la adversidad os sorprende, acuérdate que te he dado la mas esmerada educacion, y cuida de tu hermanito y tu hermanita ya que los pobres son tan tontos.

Fué pasando tiempo y Arabela llegó á los veinte y tres años. Era una hermosa jóven dedicada enteramente á la música, al dibujo, á sus libros y á sus sueños; sí, á sus sueños; porque como todas las jóvenes cuya cabeza trabaja mientras su corazon está en la inaccion, deseaba otra vida mas activa que la de una niña soltera, y la energía latente de su naturaleza la hacia admirar todo aquello que salía de los límites de lo comun, todo lo que tenía algo de nuevo y de atrevido.

Tuvo dos ó tres pretendientes á su mano, jóvenes que seguían la misma profesion de su padre; pero no le agradaron y creyó de buen grado á M. Fossett que decía que lo que aquellos jóvenes buscaban era un buen dote.

— Yo espero, añadió el comerciante, que llegarás á casarte con un hombre que te quiera por tí misma y que aguarde á la lectura de mi testamento para poseer tus riquezas. Como dice el rey Guillermo á su hijo en la *Historia de Inglaterra*: «No quiero desnudarme antes de irme á acostar.»

Cierta noche en un baile de Clapham encontró Arabela al hombre que debía ejercer sobre su existencia tan funesto influjo.

Jasper Losely estaba entonces en todo el esplendor de aquella notable belleza, de la cual apenas daba una débil idea la miniatura que Arabela colocó ante sus ojos algunos años despues; naturalmente fijaron en él la atencion todos los concurrentes á aquel baile, al cual había sido presentado por un compañero empleado en la misma casa de comercio. Jasper era mas jóven que Arabela, pero gracias á su aventajada estatura, y á la expresion de seguridad que se notaba en su rostro, representaba de veinte y cuatro á veinte y cinco años.

Como el viejo Fossett tenía una fama de rico, y se decía que su hija hacia de su padre lo que quería, se dedicó aquella noche á Arabela. El efecto que aquel brillante admirador produjo sobre la hermosa jóven fué tan repentino como duradero.

En efecto, había un encanto extraño en el contraste que ella advertía entre la audacia de Jasper y la timidez de los que hasta entonces la habían rodeado.

Cuando Arabela y Jasper se separaron aquella noche, su intimidad había hecho tales progresos que tenía todas las probabilidades de ser duradera. Arabela no quiso que su padre supiera nada, porque tenía el presentimiento instintivo de que había de agradecerle menos que á ella.

Hizo de modo que su padre la dejara ir á pasar algunas semanas con una tia muy cariñosa para con ella, que aceptaba con gran placer sus regalos de fresas, de ananas, de pollos tiernos y otros productos de la estacion, y la ofrecía en cambio, siempre que ella quería, el placer de las reuniones que daba en su casa en Bloomsbury. Jasper Losely era fácil que encontrase quien le introdujera en aquella casa.

En efecto, allí le vió con mucha frecuencia; allí mediaron muchos juramentos, promesas de amor, rizos, etc., etc. Jasper perseguido por sus acreedores, experimentaba naturalmente el vivo deseo de asegurar su suerte y apropiarse la fortuna de Arabela.

Esta se armó por último de valor y habló á su padre. M. Fossett, llenando á su hija de tanta sorpresa como alegría, consintió en ver á Jasper Losely y le convidó á comer.

Despues de la comida, mientras saboreaban una botella de Laffitte, aseguró á Jasper que le concedería la mano de su hija, con tal de que el jóven ó sus parientes sostuviesen á Arabela en una situacion modesta pero decorosa, y aguardase para gozar de los bienes de su amada á la lectura de su testamento, el suyo, el de Fossett. ¿Aquellos bienes eran muy considerables? M. Fossett no dijo acerca de ellos una palabra. Jasper se retiró muy frío. Aunque seguía el compromiso, el matrimonio fué tácitamente diferido. ¡Sostener Jasper Losely y sus parientes una mujer! ¡Absurda idea!

Sin embargo, Jasper pensó en proponer al viejo Fossett una transaccion. El se comprometía á esperar la lectura del testamento para gozar de aquella fortuna eventual con tal de que Fossett consintiese á su vez en proporcionar á ambos esposos algun dinero, casa y comida en Clapham, porque aunque no experimentaba un gusto muy decidido por el campo, Jasper prefería aquella vida á la que podía seguir en un segundo piso en Londres.

Pero en el momento en que Jasper iba á presentar aquella proposicion, el viejo Fossett cayó enfermo en cama, y quedó en la imposibilidad de ocuparse de sus asuntos, de los cuales tuvo que encargarse otra persona.

Entonces la casa suspendió sus pagos y se descubrió que hacia diez años que estaba insolvente. No fué aquella una quiebra deshonrosa, porque los acreedores percibirían acaso en último resultado siete chelines por libra esterlina, y solo quedaron arruinadas de una manera irrevocable unas cuarenta familias.

El viejo Fossett soportó en el lecho del dolor aquel golpe con una calma filosófica, recordó á Arabela lo que siempre le había prevenido acerca de las vicisitudes de la vida, le recomendó de nuevo que cuidase de Tom y de Bidy, y despues de declarar que moría en paz con todos los hombres, se resignó al sueño eterno.

Arabela quiso refugiarse entonces en casa de su tia la vieja solterona; pero aquella dama, aunque la quiebra de su cuñado no había herido en lo mas mínimo sus intereses, se desencadenó contra su memoria con mas violencia que ninguno de los acreedores á quienes había arruinado.

En una palabra, acogió tan hostilmente á Arabela, que esta salió de su casa jurando solemnemente no volver á poner los pies en ella.

Entonces resplandecieron con todo su brillo las cualidades de la hija del comerciante. Privada de recursos resolvió sostener y educar por sus propios esfuerzos á sus hermanos. Aquel colegio de tanta fama al cual había hecho tanto honor, la recibió como maestra.

Sus relaciones con Jasper tuvieron necesariamente que suspenderse. Arabela tuvo la generosidad de escribirle devolviéndole su palabra. Jasper no tenía necesidad de aquella carta para considerarse libre, pero no juzgó ni galante ni discreto manifestárselo, porque Arabela podía encontrar una buena colocacion con un sueldo mas que suficiente para sus necesidades, del cual podía necesitar él alguna vez.

Por otra parte, Jasper experimentaba en aquella época por Arabela lo que él consideraba como amor; sintiendo cierto orgullo de que una jóven tan superior á todas las que había conocido sintiese por él aquella pasion. Su compromiso continuó por lo tanto; no se veían ya, pero se escribían con frecuencia. Arabela trabajaba con energía pensando en el porvenir; Jasper por el contrario, trabajaba lo menos que podía y encontraba el presente insoportable.

La desgracia de Arabela inspiró una viva simpatía no solo á sus antiguas maestras, sino tambien á sus antiguas compañeras de colegio; tanto por su carácter como por su talento gozaba de una alta reputacion; era tan loable su resolucion de sostener á sus hermanitos, que todos los que se interesaban por ella hicieron un esfuerzo para colocarla en una situacion mas lucrativa y mas independiente que en un colegio ó con una familia. ¿Por qué no tomáis una casita para vos sola, la decían, y os establecéis en ella con los dos niños, huérfanos como vos, desde la muerte de M. Fossett, y dais lecciones particulares?

Muchas familias convinieron en confiarle sus niños para que los educara, proporcionándola una ganancia relativa á sus necesidades. Arabela adoptó aquel plan. Alquiló una casa, Brigida Greggs, que la había educado en su infancia, fué su criada, y en breve Jasper Losely se deslizó ocultamente en casa de Arabela.

Arabela no pudo luchar contra su influencia, no tuvo valor para negarse á verle. ¡Jasper era tan pobre, se consideraba tan desgraciado! La jóven tuvo que trabajar para lo tanto para una persona mas.

¿Pero qué era lo poco que ella ganaba para un hombre entregado al juego? Nuevas desgracias cayeron sobre ella. Se declaró una enfermedad contagiosa que atacó primero al hermanito de Arabela, al dia siguiente á la hermana, y al poco tiempo dos pequeños ataúdes salieron de la casa para ser trasportados al lindo cementerio de aquel arrabal, á aquel pedazo de tierra que el sol iluminaba con sus rayos, y que con sus últimas economías había comprado la hermana que servía de madre á aquellas dos pobres criaturas.

Arabela quedó sola en el mundo, sin madre, sin amigo, sin otra afeccion que la de aquel fatal Jasper. ¡Ah! la Venus mas peligrosa no es esa Ericina á cuyo alrededor triscan las risas y los juegos. El dolor y ese sentimiento de la soledad que nos hace saludar el ruido de una pisada como un niño á quien han dejado á oscuras, saluda la luz, quebrantan la virtud de las mujeres con mas seguridad que los vanos placeres del mundo, y esos murmullos lisonjeros que acompañan á una hermosa á través de la multitud. ¡Ay!... Pero prosigamos.

Jasper Losely se comprometió con un juramento mas solemne aun á casarse con Arabela, el objeto de su amor. ¿Pero cuándo? Cuando fuera bastante rico. Aquel aplazamiento desanimó á Arabela y por un instante le hizo imposible cualquier género de trabajo; no era una de esas jóvenes débiles y vulgares á quienes el amor consuela de la vergüenza; educada en principios severos, tenía un vivo sentimiento de los deberes de una mujer, y sus remordimientos no por ser mudos eran menos profundos.

Otras inquietudes de una naturaleza mas vulgar la asaltaban al mismo tiempo; había agotado sus recursos, había contraído deudas para auxiliar á Jasper.

¡Esfuerzos inútiles! la bolsa de Arabela quedó vacía sin que se llenara la de Jasper. Perseguido por sus acreedores, este último declaró á la jóven que se veía precisado á ocultarse, y en efecto, un dia de invierno desapareció, y ella no le volvió á ver en un año.

Algunos dias despues de la marcha de Jasper, supo el crimen de William Losely. Jasper, á ruegos de su padre, fué enviado al continente por su tio, y colocado en Francia en una casa de comercio, donde consiguieron para él un destino.

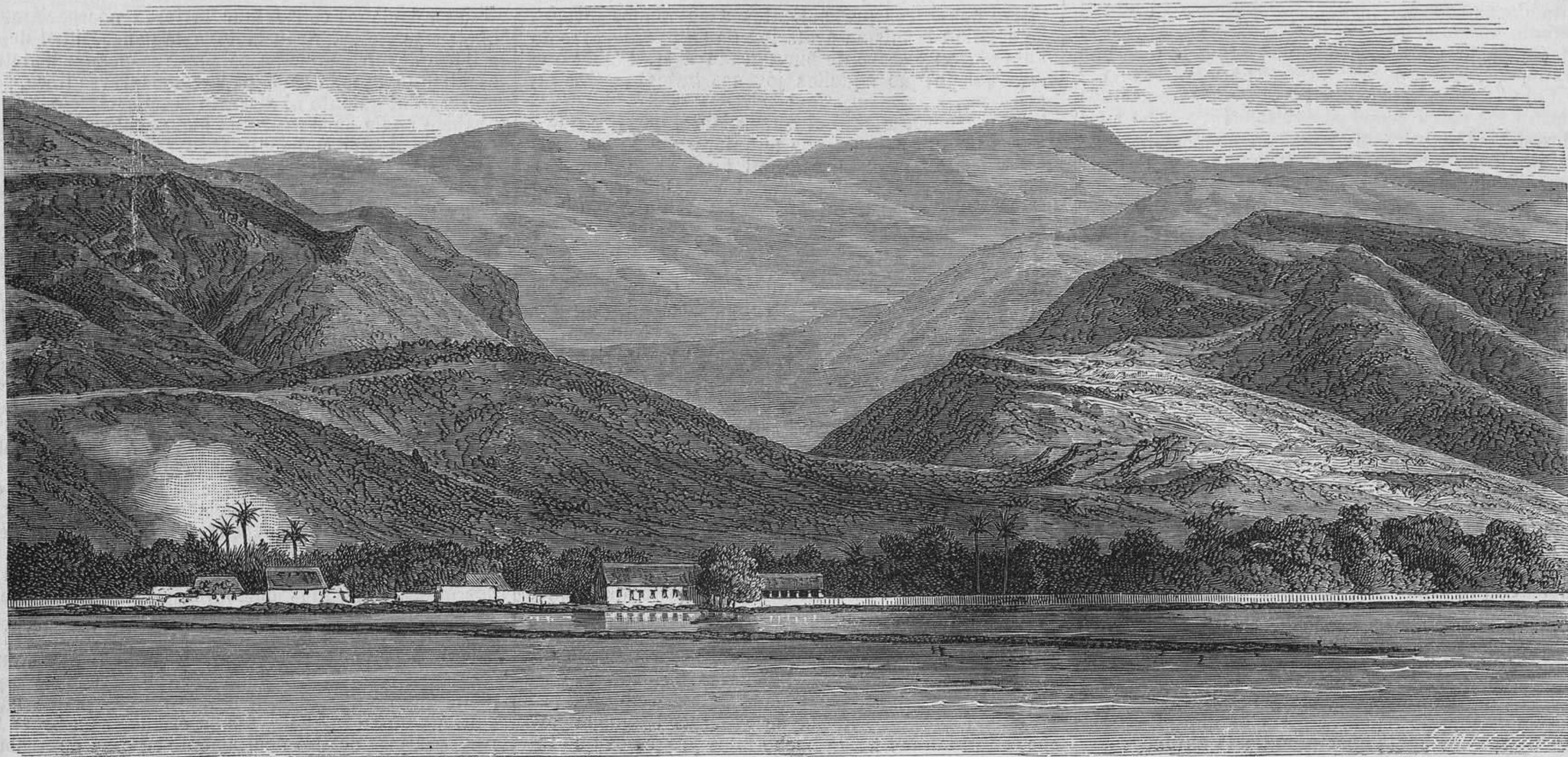
El jóven marchó al extranjero bajo otro nombre, para que no sufriese la mancha que su padre había arrojado sobre el suyo.

William Losely fué condenado al poco tiempo. Arabela sintió vivamente aquella desgracia; comprendió cuánto debía haber afectado al audaz é insolente Jasper, y no se admiró de que se abstuviera de escribirle.

Le veía en su pensamiento abatido por la vergüenza; pero tenía un consuelo, la conviccion que le volvería á ver algun dia: se consideraba ligada á él para siempre.

Entre tanto, tenía que pagar las deudas que había contraído por Jasper. Se vió, pues, obligada á deshacer casa, y como por aquel tiempo Mrs. Lyndsay que buscaba para Matilde Darrell un aya de un mérito superior, recibió muchas recomendaciones en favor de Arabela Fossett, habiendo examinado M. Darrell las certificaciones de los profesores eminentes de quienes Arabela había recibido lecciones, y de las familias en cuyas casas las había dado á su vez, fué admitida como aya de Matilde.

(Se continuará.)



NUEVA CALEDONIA. — Puesto de Ubathe en el cabo Colnett.

La Nueva Caledonia.

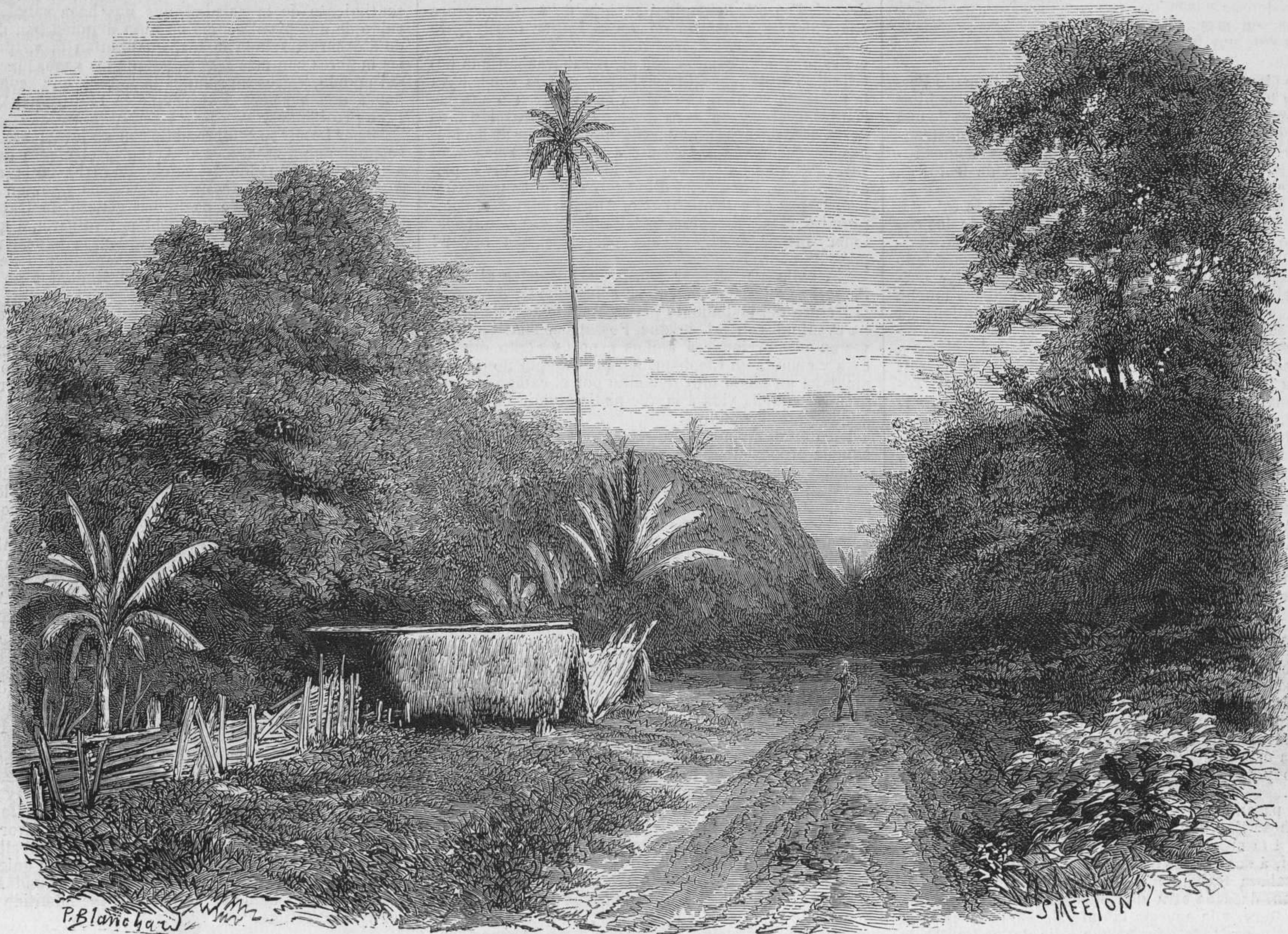
DE UBATCHE Á BALADE.

El interés de actualidad que tiene en Francia la grave cuestión de la trasportación de la Nueva Caledonia, parece que habría debido provocar un crecido número de publicaciones sobre esa tierra remota. No

ha sido así; y sin embargo, desde hace dos años no han faltado exploradores, muchos de ellos muy competentes é instruidos. Es lástima que no hayan pensado en seguir el precepto de Montaigne de « *escribir lo que sabian*, » de cuyo modo habrían contribuido á dar á conocer las regiones mas útiles de ese pais tropical de una salubridad excepcional.

En lo que hasta ahora se ha publicado acerca de la Nueva Caledonia, se encuentran las mas extrañas contradicciones : unos dicen que *no llueve jamás* y otros

que *las tempestades son cotidianas*. Sin embargo, diremos que esas contradicciones suelen ser nada mas que aparentes. Algunos tomando la parte por el todo dicen la *Nueva Caledonia* sin designar el punto, la region ó la tribu : ahora bien, así como esa tierra que contiene una superficie de 4.830,000 hectáreas, se halla poblada de dos razas indigenas, física y moralmente muy distintas, así tambien ofrece grandes diferencias climatéricas en sus diversas regiones y grados de feracidad no menos variables.



NUEVA CALEDONIA. — Paisaje en el camino de Uvanu á Balade.

Hoy damos la vista del puesto de *Ubathe* situado á orilla del mar y al extremo sudeste de un valle formado por las puntas de la costa, comprendidos entre los contrafuertes que proyecta al noroeste el cabo Colnett, por donde el ilustre Cook comenzó hace cerca de un siglo (4 de setiembre de 1774) el descubrimiento de esa tierra que le debe su nombre europeo.

El establecimiento de un colono escocés, *M. Andrew Henry*, atacado dos veces por los naturales, exigió la creación (1869) cerca de su estación de un puesto militar de 30 hombres mandados por un oficial. Posteriormente fundaron también allí un taller para cincuenta obreros de la *transportación* (1).

Ese valle que tiene una superficie cultivable de cerca de cuatro kilómetros (400 hectáreas), ofrece un aspecto muy risueño. La riqueza de la tierra forma contraste con la mayor parte de los terrenos áridos del Norte de la Nueva Caledonia. *Ubathe* adquirirá en el porvenir una importancia agrícola, relativamente considerable; pero para alcanzar ese resultado, para sacar de esa tierra inculta hoy, todo lo que puede producir, se necesitan manos inteligentes y experimentadas.

Como todas las islas montuosas de la zona intertropical, la Nueva Caledonia tiene una región en donde las lluvias son mas abundantes, y es la del *viento*.

Los altos montes que, como el cabo Colnett, dominan la vertiente oriental de la isla, en donde los vientos de alta mar sostienen una capa de atmósfera tibia, cargada de las evaporaciones del Océano, esos altos montes condensan enfriándolos, los vapores de esa capa que resuelve en lluvia la mayor parte de su humedad sin dejar pasar á las vertientes de la otra parte de los montes mas que una corriente relativamente seca. Resulta de esto que en la región de *Ubathe*, las lluvias son muy frecuentes, y durante los cuatro meses de invierno, casi cotidiano. Así es que hay muchos arroyos, y como vienen de un terreno granítico muy elevado y cubierto de densas selvas, las aguas son muy cristalinas y de una frescura tónica.

La región forestal de *Ubathe*, se extiende por todas las altas crestas de las cercanías y baja hasta la mitad de ellas.

Después de las selvas hay en las planicies intermedias una zona de regadío, de

(1) Término que emplea el gobierno local para designar á los condenados á trabajos forzados, *transportados* á la Nueva Caledonia.



NUEVA CALEDONIA.

Uarebate, gran jefe de la tribu de Pueblo : region noroeste.

terrenos de *prado*, á cuyo pié se extiende la tercera zona, los llanos *cultivables*, formado por los aluviones de los arroyos que se precipitan de las altas selvas y ricos en materia vegetal (*humus*).

Finalmente, una cuarta banda de terreno, rara vez interrumpida, forma una graciosa ladera de cocos y oculta el melancólico aspecto de la quinta y última zona, la de los *paleturios*, espesuras marítimas de sombrío follaje.

En este bonito valle no se cuentan mas de 150 á 160 habitantes indígenas. No siempre ha sido así. El observador menos atento se sorprende al ver los ingeniosos sistemas de riego dispuestos por doquiera en graderías mas altas y mas bajas. Aquí un brazo de agua desviado riega la vertiente opuesta; allí un atajo reúne las aguas con el mismo objeto.

Estas obras hidráulicas alimentaban muchas tierras cultivadas y dan irrecusable testimonio de una población que debió ser numerosa é inteligente, población que ha desaparecido, á menos que los *caniques* (1) actuales no sean sus degenerados descendientes.

Partiendo de la estación de *M. Andrew Henry* y dirigiéndose paralelamente á la costa noroeste, se llega á *Balade*, situada á 25 kilómetros de *Ubathe*; pero antes se pasa por *Pueblo* (10 kilómetros), en donde hay una *Misión marista* y un *puesto militar* al lado de un riachuelo, sobre el cual se ve un puente construido con troncos de cocos. No son raros estos puentes en un país donde á cada 500 metros hay que atravesar un arroyo. Cuando la corriente es bastante ancha, hay que saber guardar el equilibrio para no tomar un baño involuntario.

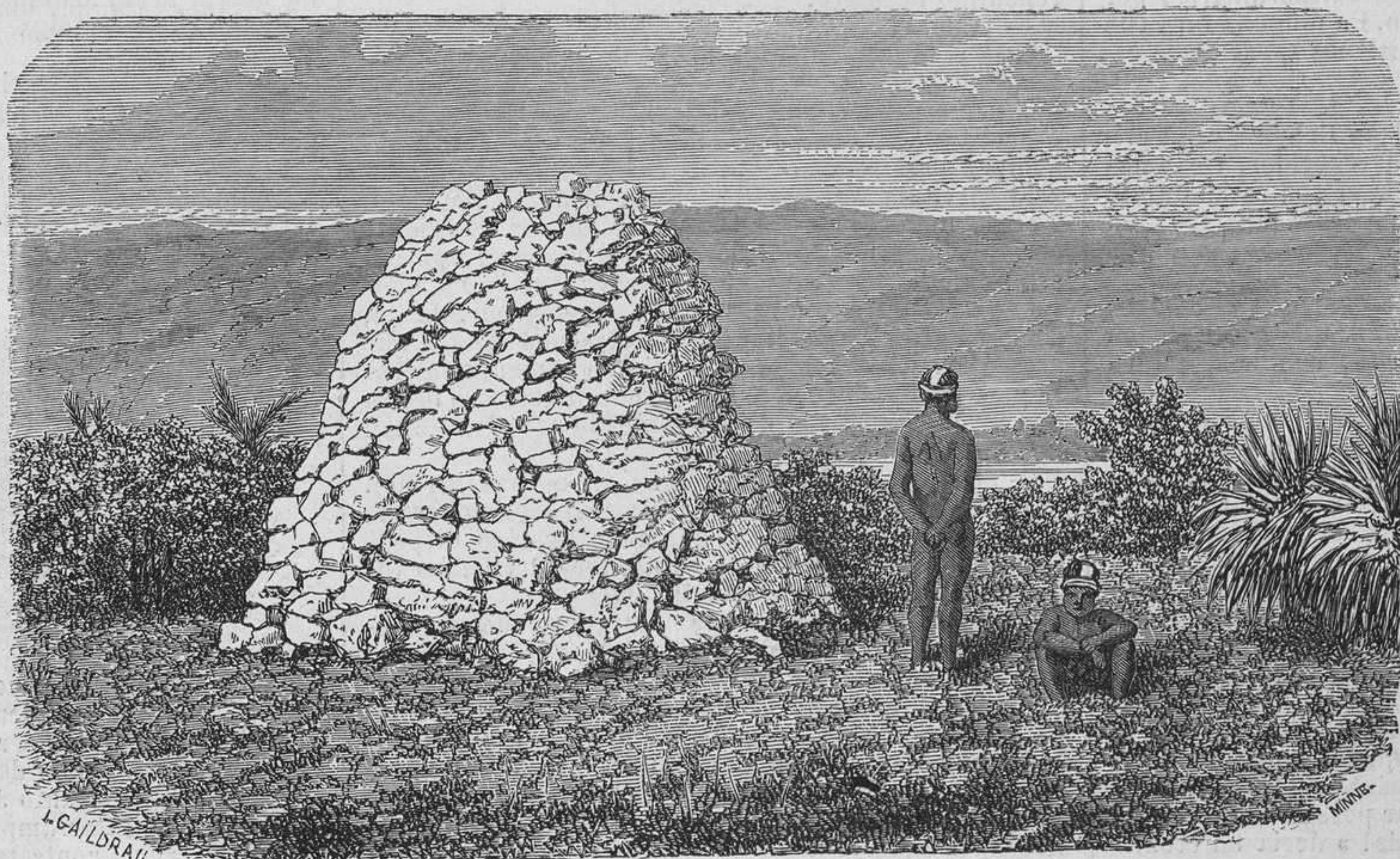
La primera mitad del itinerario de *Ubathe* á *Balade*, es asombrosa, como puede juzgarse por el paisaje de *Uvanu*, que representa uno de nuestros dibujos.

La primera vez que recorrí ese camino, hacia una de esas mañanas imponderables que solo se ven en las islas bajo los trópicos, un aire fresco y vivificante, embalsamado por una vegetación magnífica, llenaba mi corazón de un sentimiento de bienestar, que llamaré confianza en la vida. Nada faltaba en tan precioso cuadro, animado por el canto de pájaros del mas vistoso plumaje.

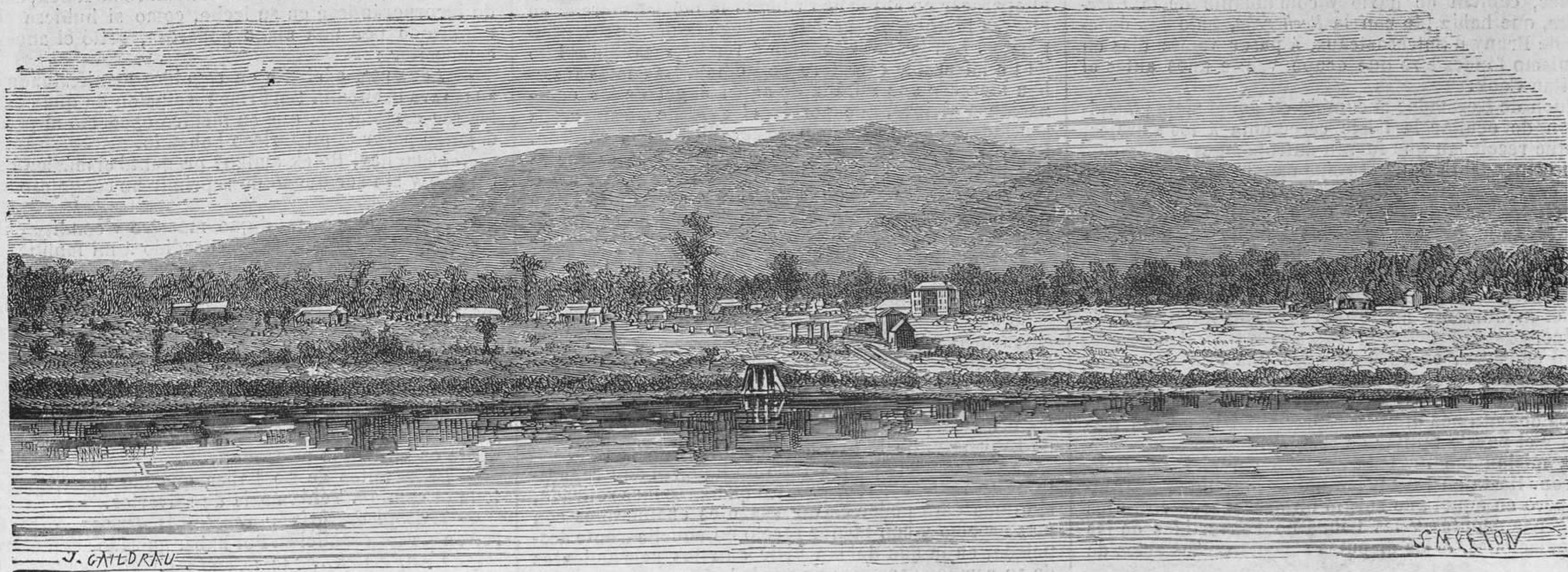
Y sin embargo, esa bella naturaleza ha sido ya teatro de trágicos sucesos. No podrá ya pronunciarse el nombre de *Uvanu*, sin que se recuerde el asesinato del oficial Bailly que mandaba el puesto de *Pueblo* en 1867 y que, desgraciadamente no fué la sola víctima.

Napoleon Uarebate,

(1) Llamam *canique* ó *kanak* (palabra de origen tahitiano, que significa *hombre*) á todos los naturales de la Oceanía.



Monumento primitivo elevado á la memoria de Huon de Kermadec, en la isla de Pudiúé.



NUEVA CALEDONIA. — Puesto y misión marista del Huagap, region este.

gran jefe de la tribu de los Muebebes, ferviente cristiano, vió con disgusto la instalacion en el territorio de su tribu de varios colonos europeos, unos protestantes y otros católicos indiferentes. Estos inmigrantes no ocupaban mas que algunas hectáreas; pero además de las repugnancias religiosas, es de suponer que el temor de ver invadir su pais sucesivamente por los hombres blancos, era el verdadero motivo que inducia á los Muebebes á cometer acciones criminales.

Desgraciadamente los misioneros católicos de la sociedad de Maria no podian ó no querian intervenir en favor de los colonos, y solo su silencio alentaba ya á los canaques. Napoleon Uarebate no habria quizás obrado tan prontamente sin su ministro Gerónimo Muhoira, hombre astuto y taimado, tanto como su jefe era de naturaleza abierta y franca.

Celebraron, pues, una gran reunion, y los Muebebes resolvieron desembarazar al pais del comandante del puesto y de los colonos blancos.

La autoridad de los jefes en las tribus es muy grande, y rara vez se desobedecen sus órdenes, sobre todo cuando al expresar su voluntad, suministran el instrumento que debe servir para la ejecucion y que no se devuelve sino despues de consumado el hecho. Napoleon designó en su tribu dos canaques que habian sido castigados recientemente por Bailly. No podia el jefe hacer mejor eleccion: eran dos hermanos deseosos de venganza. Les entregó dos hachas, diciéndoles:

— Tomad estas armas para dar muerte al instante al comandante del puesto.

El 7 de octubre de 1867, fueron ejecutados los siniestros designios de Napoleon Uarebate que ensangrentaron las cercanias de Uvanu haciendo caer seis victimas á manos de los asesinos.

Perdone el lector tan lúgubre digresion, que voy á continuar mi camino hácia Balade.

En la segunda mitad se encuentran tambien algunos bonitos paisajes; pero á poco el terreno aparece árido, los altos montes cuya vegetacion ha devastado el fuego, no alimentan manantiales, escasean los arroyos y naturalmente, tambien los cultivos.

Sobre esto decia Cook:

« Los plantíos exigen cuidados extraordinarios por causa de la esterilidad del suelo. En ninguna otra isla del mar del Sur, he visto á los isleños cavar como cavaban los neo-caledonios (1). »

Esto es verdad tambien hoy.

Balade, que los indígenas llaman Uebunu, es el primer punto que visitó el ilustre descubridor, y es tambien el primer puesto creado por el contra-almirante *Fevrier-Despointes*, que hizo construir allí (1854) un cuartel protegido por un blockhaus, ambos ruinosos ya hace años.

Durante largo tiempo se ha creído que el nombre indígena de toda la isla era Balade, que es el de una fraccion de la tribu de los *Puma*, con la que tuvo Cook sus primeras relaciones.

Como todos los pueblos primitivos, los neo-caledonios tienen la costumbre de designar el pais por los habitantes, y así sucede que la isla tiene tantos nombres indígenas como tribus, es decir, unos cuarenta.

Pero diez años antes de la toma de posesion por la Francia, Balade fué visitado ya por misioneros primeros anglicanos y despues católicos.

En 1843, el *Bucéphale*, galera del Estado, mandada por M. de La Ferrière, desembarcó los primeros padres maristas.

Monseñor Douarre, obispo de Amata, Viard y Rougeyron, que es en el dia prefecto apóstólico de la Nueva Caledonia « llegaron á aquella tierra el 21 de diciembre, fiesta de Santo Tomás, apóstol de las Indias. ¡Magnífico dia para tomar posesion en nombre del Señor, del reinado de Satanás! » decia un cronista contemporáneo.

A la distancia de una milla marina (1,852 metros), hay un islote de arena que llaman los Puma Puduie, donde enterraron el cuerpo del caballero Huon de Kermadec, capitán de navío y comandante de la *Esperance*, que habia ido con la *Recherche*, bajo las órdenes de Bruny d'Entrecasteaux, á pasar veinte dias en el mismo fondeadero que ocupó veinte años antes el capitán Cook.

Huon de Kermadec sucumbió en aquel viaje; y cuidaron de ocultar la triste ceremonia á los salvajes, porque recelaban que fueran antropófagos.

El comandante de la *Heroine* mandó elevar en 1846, una cruz en el sitio mismo de la sepultura; pero los misioneros cuando fueron expulsados (1847) por los isleños, se la llevaron para que aquella señal de paz no engañara á los navegantes, haciéndoles desembarcar en tierra de antropófagos.

Durante veinte y tres años un monton de corales fué el monumento mudo que tuvo allí Huon de Kermadec.

Sin embargo, en 1870 se puso una lápida de mármol blanco, con una inscripcion conmemorativa en honor del distinguido navegante.

Los dos últimos dibujos representan la mision marista y el puesto militar de Huagap.

La mision fué fundada en 1856 por el R. P. Rougeyron. Hasta en 1862 reinó una tranquilidad aparente; pero en aquel año surgió un desacuerdo entre los indígenas neófitos y las tribus no convertidas de las inmediaciones. A las disputas sucedieron los actos de

hostilidad, y los canaques concluyeron por sitiar la mision. Entonces enviaron una expedicion para someter á los agresores, y al mismo tiempo fundaron en Huagap un puesto de unos treinta hombres, mandado por un oficial.

El penúltimo de los oficiales de aquel puesto, teniente Tonnot, hombre muy valiente, se distinguió por la captura del jefe Gondu, especie de monstruo que se hacia temer en todo el pais. Inútilmente emprendieron contra él distintas expediciones, pues nunca los soldados lograron alcanzarle. M. Tonnot tomó entonces el partido de salir contra él personalmente á la cabeza de trescientos guerreros neo-caledonios, y el antropófago no tuvo tiempo de huir, pues jamás se habia podido figurar semejante golpe por parte de un blanco.

J. P.

(Se continuará.)

El Rosario de Haydn,

ó

EL CANTO DEL CISNE.

(Continuacion. — Véase el número 1,009).

— Sin embargo, añadió el conde de Hensach, excusándose con una inclinacion de cabeza por la libertad que se tomaba de mezclarse en la conversacion de aquellas señoras; como una apoplegia no respeta el talento, ni repara en los empeños que podian tenerle comprometido á asistir, le ha vuelto á acometer un repentino desmayo.

— ¡Cielos!

Esta exclamacion fué seguida de una congoja. Algunos caballeros se apresuraron á sacar en brazos una dama desmayada; era la baronesa. La princesa procuró tranquilizar los ánimos, y salió inmediatamente á prestar auxilios á su joven amiga.

El baron de Wan-Svieten entró en aquel momento, y como todos sabian la intimidad de sus relaciones con Haydn, y que él habia sido el que le inspiró el asunto de la *Creacion* y posteriormente el de las *Cuatro estaciones* sobre un poema de Thompson, en fin, como estaban persuadidos que seria uno de los que presentarian al anciano en medio de aquella numerosa y escogida concurrencia, formaron corro en derredor suyo y esperaron de sus labios la solucion de tan terrible incertidumbre.

— Señores, soy portador de felices nuevas, les dijo. Los principes de Lobkowitz y de Schwartzemberg le acompañan en su carroza, habiendo querido dispensar este nuevo obsequio al cantor que ha hecho inmortal el nombre de Alemania.

Corrieron de boca en boca las consoladoras palabras, y por un rato percibióse solo por el salon el murmullo confuso de las voces, semejante al ruido de cien enjambres de abejas cuando zumban en torno de sus colmenas. Parecia que un rayo eléctrico de luz habia iluminado los semblantes de todos, desarrugando las frentes de los melancólicos, dando brillantéz á las miradas de las hermosas, y excitando en todos un efecto tan irresistible de alegría y de entusiasmo, que se traslucia no solo en sus semblantes, sino hasta en sus movimientos.

En breve se cumplieron sus deseos: el ruido de los carruajes anunció la llegada de los altos principes, y al aparecer en el pórtico rompió la música marcial en alegres himnos, celebrando la llegada del ilustre compositor. Los grandes acudian á rendir vasallaje al hijo de un miserable carretero de Kolhau, las damas ansiaban merecer una mirada de aquel ángel de las entonaciones divinas, que poseia el arte de fascinar sus sentidos y de desgarrar ó hacer dichoso el corazón. En fin, la admiracion era universal, el tributo que se rendia al genio, digno y envidiable. Los dos mas grandes principes de Alemania aparecian pequeños al lado de aquel anciano venerable, y la aureola de su luz arrebatava las miradas de todos, sin dejar á los ojos de sus admiradores libertad para dirigirse á otro objeto, y eclipsando ella sola como diadema del cielo el resplandor y la belleza de las coronas de la tierra.

Su agrado y su modestia acabaron de conquistar los corazones; su ancianidad inspiraba respeto á su nombre, orgullo y entusiasmo y hasta su debilidad y posturacion, interés y ternura.

Le colocaron en un asiento preferente al lado de los principes, de la condesa de Hum, de la princesa de Esterhazy, de la baronesa de Koller y Munters.

La de Lobkaer, pretextando no hallarse aun repuesta de su indisposicion, prefirió quedarse mas retirada, sin duda para poder clavar sus ojos enamorados con mas espacio y con menor recelo en aquella frente despejada, en la que debian vivir aun los pensamientos de su cariño, dormidos en verdad, pero no por eso menos acariciados por su dueño. Una mirada del anciano bastó para convencerla de que no se engañaba, y la

consoló la idea de que bajo aquella frente helada por la nieve de sus blancos cabellos, habia un pensamiento eterno como el aliento de Dios que era su origen, y que bajo aquel pecho encorvado vivia un alma, contra la que el tiempo y los años no tenian poder, porque el corazón no envejece.

La orquesta iba á dar principio, y el silencio y la atencion mas profunda siguió al bullicioso estruendo que llenaba el palacio. En aquel momento, Salieri se adelantó hácia Haydn, é inclinándose respetuosamente clavó una rodilla en tierra diciéndole:

— Maestro, espero vuestras órdenes.

— ¡Salieri! replicó Haydn, levantándole y sofocado por sus sollozos. ¿Mis órdenes pedis? ¡Pues bien, abrazadme, abrazadme cariñosamente!

Entrambos músicos permanecieron un rato estrechados con la mayor ternura y llorando; los circunstantes lloraban tambien.

Al retirarse Salieri á su asiento, advirtió Capellini, que era el médico que no se habia separado de la cabeza de Haydn desde que llegó á Viena, que su anciano enfermo no tenia bastante abrigados los piés. Su mas ligera é impensada indicacion produjo un movimiento casi general en las damas, ocasionando una escena patética y sublime. Las lindas vienesas que asistian á celebrar al genio eminente, se desprendieron de sus mas primorosos chales á las plantas del viejo compositor, para que prestasen calor á su querido compatriota.

Pasaremos por alto los aplausos frenéticos, las tumultuosas aclamaciones que interrumpieron la admirable partitura. Las lágrimas y los vivas se mezclaban, abrazándose unos á otros, como regocijándose todos de contar por hermano de su patria al hombre que así habia dado sonido y armonia, grandeza y bulto, forma y colorido á las obras maravillosas que creó un Dios poderoso con su mano omnipotente. La copia era digna del portentoso original de la creacion.

Tantas conmociones debilitaron algun tanto su cabeza; así es que en seguida pidió licencia para retirarse, y le sacaron en brazos. Hizo detener á sus conductores al pasar por delante de la orquesta, y pronunció con voz sublime y enternecida, dirigiendo sus trémulas manos hácia los músicos, estas tiernas palabras:

— ¡Dios os bendiga por una eternidad, mis muy queridos hijos!

En seguida desapareció del salon. Las miradas de tantas personas allí reunidas seguian todas la blanca cabeza del anciano, que al fin desapareció entre las de los demás, como un rayo de luna se desvanece entre las nubes.

La baronesa de Lobkaer era la única que permanecia inmóvil y con sus ojos clavados en el suelo; mediatunda y agitada por mil sensaciones deliciosas, que habia hecho sentir á su corazón la mano de Haydn que al pasar habia estrechado cariñosamente la suya.

V.

RALEK EL BOHEMIO.

Al dia siguiente y poco despues de amanecer llamaba á la puerta del aposento de Haydn, un hombre que por el traje parecia ser un bohemio. El médico de Haydn, que por orden del principe no se separaba de su cabecera, se levantó á saber quien era el que tan resultadamente interrumpia el descanso de su enfermo. Mediaron varias contestaciones, obstinándose el uno en pasar adelante y resistiéndose el otro en consentirlo, hasta que desvelado Haydn y comprendiendo la ocasion de la disputa, preguntó quien era el que deseaba verle, oyó pronunciar el nombre de Ralek, cuando incorporándose en su lecho, como si hubiese sido impulsado por una mano poderosa, gritó el anciano compositor:

— Adelante, adelante en seguida; manifestando en su severa fisonomia tan firme resolucion de que deseaba ser complacido, que su médico obedeció al punto, dejando pasar al misterioso bohemio.

— ¿Qué hay, Ralek amigo? preguntó el músico conmovido y sin ser dueño de reprimir un congojoso suspiro.

— Malas nuevas, mi digno maestro y condiscípulo.

— ¡Por Dios! ¿Qué le ha sucedido á mi familia?

— Nada hasta el momento: pero se hallan amenazados de una inminente desgracia.

— ¡Acaba!...

— Un espia, que sin duda debió seguir los pasos del baron, le vió acogerse en vuestra casa, y ha dado parte al principe de Schwartzemberg.

— ¡Infame!

— Este, como podeis suponer, no se ha descuidado, y aprovechándose de estos dos dias en que ese accidente os ha tenido postrado...

— De resultados de no haber querido descansar en todo el camino. Tenia ansia de salvarlos.

— *Trabaja despacio y concluirás deprisa*, dice un refran de los españoles. Por haber querido adelantar...

— Bien, Ralek... ¿te gozarás en atormentar á tu antiguo compañero?

— La Virgen del Socorro me desampare en el mayor peligro de mi vida, si Ralek... si mi corazón...

(1) Viaje de Cook en 1774, tomo III.

— Prosigue, amigo mio. ¿Qué ha resuelto el príncipe?

— Arrebatarla.

— Un rapto. ¡Ah! Entonces el desdichado Kurbech morirá defendiéndola.

— No. Hay expedida una orden de prision contra él, y acaso en este momento se llevará á efecto. En cuanto que se la quite el defensor...

— ¿Será cuando el gavilan se arrojará sobre la tímida paloma?

— Precisamente. Yo lo he sabido, sorprendiendo á mi vez al espía, pues recorro estas cercanías en estos momentos, os lo aseguro, menos con ánimo de entonar baladas antiguas, que con el objeto de reclutar gente decidida y resuelta, que formando un cuerpo numeroso pueda entorpecer la marcha de las tropas invasoras, haciéndoles la terrible guerra de emboscadas.

— ¿Conque es cierto que se adelantan las tropas francesas, y que el pobre Haydn se verá á un tiempo abandonado de su hija y desterrado de su querido y conquistado país?

— ¡Dios lo resolverá! Girando pues por estos alrededores, supe vuestro contratiempo, y porque no estuvieran inquietos con la tardanza fui á comunicar á vuestros hijos la causa de su retardo, por supuesto disminuyendo el peligro de vuestra enfermedad.

— El cielo te recompense.

— Me basta con que me lo agradezca mi antiguo compañero en el colegio de Saint-Etienne, y despues mi maestro y mi favorecedor, pues aun cantan en mi cartera los escudos que me regalásteis hace tres días, y á fe que no estaba ella acostumbrada á tener en su jaula estos pájaros de oro.

Mientras pronunciaba estas palabras el viejo bohemio, Haydn se vestía presurosamente, desmintiendo su agilidad convulsiva y sus movimientos rápidos la postacion de sus fuerzas y el grave peso de sus setenta y tantos años.

Capellini habia permanecido en un extremo del salon, ocupado en ojear un volumen de medicina, para dejar mayor libertad á entrambos de conferenciar sobre sus interesantes asuntos; así que grande fué su asombro y visible su disgusto, cuando vió delante de sus ojos, apoyado en su nudoso báculo y sostenido por el colosal bohemio al pálido y desfallecido enfermo que á su cuidado tenían tan encomendado; por último, dejándose llevar de su mal humor, le dirigió estas palabras, quejosa pero dolorosamente:

— Veo, ilustre maestro, que os soy enteramente inútil, y que vos mismo me considerais de mas junto á vuestra persona. Voy en este momento á participar al príncipe de Esterhazy que he dejado de ser vuestro médico, y que por lo tanto no respondo de cualquier accidente que pueda sobrevenir.

— Os suplico, le contestó Haydn, apretando su mano con cariño, le añadais de parte mia, que os recompense el mucho bien que me habeis hecho, así como yo no olvidaré nunca, mi querido amigo, los afectuosos cuidados que os he merecido en mi enfermedad.

— ¿Pero es posible, prosiguió el médico conmovido, que una vida tan preciosa como la vuestra para todos los que os estiman; y principalmente para vuestra Alemania, para esa patria que amais con tanto delirio, no ha de influir bastante en vuestro corazon para hacerlos desistir... de?...

— ¡Imposible! mi querido doctor. A mi patria he consagrado setenta y seis años de desvelos; á mi hija y á un infeliz que me han ayudado á sobrellevar la soledad de mi vida, quiero consagrar los últimos momentos que de ella me restan. Además, mi brazo es inútil para mi patria; mi nombre le ha dado todo el honor que la podia dar; mi corazon es el solo que está en deuda con las dos personas que mas idolatro sobre la tierra. Esa deuda es la que voy á satisfacer, libertando á un hombre honrado y pundonoroso de una prision injusta y acaso de una muerte cruel, arrancando del poder de un tirano disoluto una doncella pura y sin mancha como los ángeles. Adios.

El médico se quedó como asombrado al ver el paso firme y decidido del anciano compositor, quien apenas se sostenia en el brazo que le ofrecia el misterioso bohemio. Este, al cabo de algunos momentos de marcha, sacó un objeto del bolsillo y presentándole á Haydn, le dijo:

— Por si no dáis crédito á mis palabras, traia una prenda por la que me pudiérais reconocer como amigo: pero aunque no haya sido necesaria para que hagais de mí confianza, debo ponerla en vuestras manos, segun me lo han suplicado con las lágrimas en los ojos.

— ¿Quién?

— Vuestra hija.

— ¿Una prenda suya?

— Sí, *el Rosario de Haydn*.

— ¡Mi rosario! ¿Y se ha desprendido de esta alhaja amorosa y santa, recuerdo de mis glorias y simbolo de mi cariño?

— Por temor de que cayese en manos infames.

— ¿Recela su peligro?

— Le conoce y le desafía; pero ruego á la Virgen que la ampare, y en caso de perderse, no quiere que la roben tambien los recuerdos queridos de su amor.

Ralek dejó de hablar; Haydn apresuró el paso, llevando repetidas veces á sus labios y besando con frenética complacencia el rosario, cuya cruz habia posado sobre el corazon de su hija.

VI.

SORPRESA.

Sentados al rededor de un hogar apagado, Kurbech y Carolina pasaban las horas de la noche, estremeciéndose al mas leve ruido que turbaba la soledad de aquellos desiertos valles. Y á la verdad que era triste y comprometida la situacion de ambos esposos, perseguidos por un príncipe despótico y dominador, que habia jurado la ruina de su dichoso rival, y la deshonor de la hermosa doncella que tan poderosamente le habia cautivado. Añadíanse á los recuerdos de sus desgracias, las memorias de su anciano amigo, padre amoroso y tierno para sus infortunios, y objeto de sus mas dulces esperanzas y de sus mas dolorosos temores. Aquella era la cuarta noche en que Carolina al retirarse á su torre solitaria echaba de menos la bendición de su querido protector, que parecia atraer sobre su frente virginal el apacible sueño de los ángeles; tan puro y reposado era el descanso que disfrutaba la inocente doncella. Pero desde el momento en que se encontró apartada de aquel único y primer amigo de su infancia, los presentimientos mas crueles vinieron á desvelar su espíritu, y en vano buscó en los brazos de un esposo querido la calma tranquila de sus primeras noches juveniles.

Negábase á reclinarse sobre el lecho, sin llegar sus hermosos ojos á cerrarse, sin duda por no interrumpir el llanto, que como un tributo de amor continuamente corria por sus mejillas en memoria de su padre. Kurbech respetaba su dolor, y conociendo la justicia de su afliccion, sin ofenderse de que un objeto tan santo le disputase la posesion de aquella alma virginal y sencilla, velaba tambien en un sillón al lado de su Carolina, y contaba como ella los instantes de aquella ausencia, que se prolongaba demasiado para la impaciencia de sus ardientes corazones.

— Kurbech... ¿si habrá recaído nuevamente?

— No, amiga querida: Ralek el bohemio, que no vaciló en darnos la triste nueva de su desgraciado accidente, nos juró sobre la cruz del Rosario que llevaras al cuello, que Haydn se encontraba fuera de todo peligro: que el cansancio del camino habia sido la única causa de su indisposicion, pero que los príncipes cuidaban de su preciosa vida.

— ¿Luego les infundia temores?

— ¿Y por qué has de martirizarte con tan tristes ideas? ¿No fué la noche pasada cuando salió de aquí Ralek con direccion á Viena? Pues bien; aunque llegará al amanecer, por haber apenas quince millas de distancia, en una mañana no es extraño que nuestro buen amigo Haydn no haya podido arreglar sus negocios y disponerse para regresar al seno de su familia. Quizá se habrá detenido para merecer de la bondad de los príncipes de Esterhazy los salvo-conductos con que podamos atravesar la frontera sin ser reconocidos. No llores, esposa mia. Pensando en nuestro bien, se habrá olvidado de nosotros, y únicamente por traernos aquellas firmas que pondrán en lugar seguro nuestras vidas, habrá resistido á su impaciencia de volar á nuestros brazos.

— Sí, bien dices; la nueva aurora quizá nos anunciará un dia mas feliz. ¿Por qué le dejamos partir? ¡Tan anciano, tan débil, tan enfermo! Pero ¡ah! ¡tus ojos me reconviene con justicia! ¡Si, Kurbech! Ya me olvidaba de que estás proscrito. ¡Por un momento se habia borrado de mi memoria que has abandonado tus banderas para reunirme á mí, temeroso de que ese rival se apoderase de tu pobre Carolina! Tu existencia está amenazada; tu cabeza pertenece al hacha del verdugo. ¡Bien hizo tu desdichada esposa en consentir que el anciano padre volase á implorar el perdón del joven esposo! ¡Y Dios no puede abandonar al anciano á quien un impulso de generosa piedad ha hecho arrostrar las fatigas del viaje, y la Virgen no desampará á la hija del hombre compasivo, y permitirá al padre que pueda estrechar tranquilamente entre sus brazos á los infelices á quienes ha hecho dichosos!

En aquel momento sintióse el disparo de un fusil hácia la parte del bosque, y al estruendo inesperado levantáronse Kurbech y Carolina, y se asomaron á la ventana que daba vista al campo, procurando vislumbrar por entre las tinieblas de la noche si se descubria algun objeto. Al principio nada divisaron; pero sus oídos, mas fieles que sus ojos, les hicieron notar como el ruido de ligeras pisadas. Poco despues sonaron perceptibles pasos de una persona, y por delante de la ventana vieron al fin atravesar un hombre corriendo, vestido con el traje de los bohemios, el cual deteniendo allí su veloz carrera, vino á caer junto á la puerta del torreón.

Carolina y Kurbech se apretaron maquinalmente la mano, como si no se atreviesen á soltar una sola palabra, pero como si quisiesen al mismo tiempo significar con aquella accion muda, que vaticinaban algun suceso de importancia para su suerte y de trascendencia para su felicidad. El instinto del corazon es leal y sus presentimientos de dicha y de desgracia son anuncios del cielo, que parece que se vale de su voz secreta y misteriosa, por si aun consigue apartar de la frente de los desdichados el infortunio que les ama-

ga, y á cuyo encuentro funesto su destino inevitable les lleva.

Advirtiendo que el hombre permanecia en el suelo y sin movimiento, como un cadáver, su asombro cedió á su sensibilidad, y ambos bajaron precipitadamente por la escalera de caracol, ansiosos de procurar algun auxilio al bohemio que suponian herido ó moribundo. Pero su piadoso dolor se convirtió en profunda pesadumbre al reconocer en el hombre que se desangraba por una ancha herida que tenia en el pecho, al viejo Ralek, de quien habian recibido tan grandes pruebas de lealtad y de cariño. Los dos montañeses suizos que habian escoltado á Kurbech, y que como él permanecian hospedados en la casa de campo, ayudaron á Berta y á un viejo alemán, los únicos criados de Haydn, á entrar en una de las salas bajas del edificio el pesado cuerpo del colosal bohemio. El movimiento, avivando sin duda los dolores del herido, excitó su sensibilidad aletargada; así que, vieron que su frente se contraía con una horrorosa expresion de sufrimiento. Abrió Ralek sus ojos, y fijándolos con espanto y amargura en los jóvenes esposos, que contenian con su pañuelo su sangre, les dijo con acento penetrante, que la fuerza de su padecer hacia vibrar agudo y desentonado:

— Hud, huid... á dos millas... aun será tiempo.

El desfallecimiento de su voz manifestaba el esfuerzo que tenia que hacer para pronunciar aquellas interrumpidas palabras.

— El príncipe de Schwartzemberg os persigue... allí... allí... han reconocido que vendria á salvaros... Haydn llegará tarde... ¡Me han muerto!

Una congoja le dejó exánime al parecer: Kurbech y Carolina le habian escuchado, como se oye á un juez cuando pronuncia la sentencia de muerte.

VII.

LOS DOS RIVALES.

Aun no habia trascurrido una hora y aun permanecian Kurbech y Carolina prodigando inútiles socorros al herido, cuando uno de los suizos montañeses que por precaucion habian puesto de centinela en la claraboya de la torre, bajó á la estancia, y con ademán desfavorido y confuso señaló hácia el bosque de Scombrun.

— ¿Qué hay de nuevo, Guller?

— Señor, he visto extenderse por el camino de Scombrun como una faja negra, y ó me engañan mis ojos ó estoy seguro que no aparecen de otro modo en la oscuridad de la noche los pelotones de soldados cuando avanzan hácia el enemigo.

— ¿Imagináis que pueden ser tropas?

— ¡A no dudarlo! La mancha negra se ha ido extendiendo y dando giros desiguales, segun las tortuosidades de la senda que siguen, asemejando á una inmensa serpiente.

— ¿Serán los franceses invasores?

— No lo creo. La aldehuela de Scombrun no es un pueblo bastante rico para excitar su deseo de rapiña, ni una fortaleza bastante segura para prometerles un asilo inexpugnable en el corazon de la Alemania. Además, su direccion es Viena, y nuestra capital no se hubiera entregado sino despues de haber perdido hasta el último alemán que la guarnece, y sin embargo no hemos oído un solo cañonazo.

Al pronunciar estas palabras sintióse un estruendo semejante á una explosion de artillería, cuyo eco vibró largo tiempo como el de un trueno lejano.

— ¡Si tendrán tus palabras el poder de atraer las tempestades! murmuró Kurbech poniéndose en pié, y colocando su mano en el sitio en que solia ceñir su sable.

— No las tengo todas conmigo, murmuró Berta, separándose de la cabecera del herido y mirando por una ventana hácia el occidente sombrío.

— Estamos en uno de esos dias climatéricos, continuo, en que no se pueden esperar sino desgracias. ¿No veis? se ha corrido una estrella. Si hubiéramos estado hablando de placeres, el aviso era de buen agüero; pero soñando en desgracias, ¡Dios nos asista! ¡Alguna alma caritativa nos anuncia desde el cielo un grande infortunio!

El efecto que produjeron las palabras de Berta fué semejante en todos los que la escuchaban. Carolina vino á refugiarse con timidez en los brazos de Kurbech, el cual acababa de ceñirse la espada y sujetaba al cinto dos pistolas. El suizo miraba con estúpida sonrisa el cañon lustroso de su carabina; únicamente el criado alemán parecia no ocuparse sino de contar los latidos del corazon del bohemio, pues le tenia puesta la mano sobre el pecho, como si la creyese el mejor bálsamo para cicatrizar su herida.

Sonaron dos golpes á la puerta. Volvieron á repetirlos con mas fuerza, y á poco sintieron en las salas anteriores el ruido uniforme y compacto de muchos hombres que marchan á un tiempo, y el roce de las armas.

Kurbech se adelantó á abrir la puerta, pero se detuvo antes de llegar, porque otro caballero la tenia ya de par en par, permitiendo ver á la asombrada familia de Haydn una compañía de soldados alemanes, formados en grupos, y ocupando los salones de sus paci-

ficos hogares con tan hostiles intentos. Echó Kurbech rápidamente una mirada por la ventana, pero le hirió también en los ojos el brillo de las bayonetas. Animándose entonces con esa resolución sublime que alienta los corazones nobles en los grandes peligros, se dirigió al caballero en quien no había reparado, por no permitirse el asombro con que había presenciado aquella nocturna invasión, y la débil claridad de la lámpara que iluminaba el sombrío aposento.

— ¡El príncipe Swartzemberg! exclamó Kurbech, sacando del cinto una de las pistolas y dirigiéndola al pecho de su terrible enemigo.

— Sí, le contestó con sangre fría el príncipe lleno de orgullo; tu rival me has debido llamar... hiere; el desertor merece ya el último suplicio, y por lo tanto no podrán recargar la pena al asesino. ¡Pero no será así como os amará Carolina, noble baron de Kurbech!

— ¿Y vos creéis alcanzar su cariño viniendo á cargar de cadenas al esposo que ha elegido, y atropellando la santidad del hogar hospitalario?

— Soy ejecutor de las órdenes de mi soberano. Hé aquí su orden de prisión.

— ¿Y no os avergonzáis de ser vos el carcelero de un hombre como yo? Debiérais dejar para vuestros soldados el cumplir con esas órdenes severas. Pero en fin, no me deslumbra si vuestro objeto es separarme de su lado; el pretexto de mi sentencia, mi deserción; la causa de vuestra villana conducta, el amor que profesais á Carolina.

— Como gustéis, señor baron; seguid al capitán de mis guardias, pues yo debo apoderarme de vuestros papeles.

— ¿Y de Carolina?

— Jamás; prorumpió la jóven, que hasta entonces había permanecido en silencio, temerosa de exasperar los ánimos si tomaba parte en su acalorada contienda. Jamás; mi destino es el lado de mi marido.

— ¿Y cuando está destinado á la muerte?

— Al lado de mi padre.

— ¿Y quién os asegura que le volveréis á ver?

— ¡Por piedad, desmentid lo que habeis pronunciado! Mas no; os conozco: queréis vencerme por el abatimiento. ¡Os engañais también! ¡La esposa de Kurbech será digna de su sangre! ¡La hija de Haydn no desmerecerá del ilustre nombre de su padre... Si no le volviere á ver, entonces mi destino es junto á Dios.

— ¡Esposa idolatrada!

— ¡Kurbech mio!

Ambos se estrecharon amorosamente. Aquel fué el momento de su perdición. El príncipe, celoso, se apoderó violentamente del baron, y sujetándole los brazos, dió lugar á que los soldados le prendieran. Carolina cayó á sus plantas moribunda. En aquel momento de confusión y de desorden, el herido volvió en sí de su letargo, y observó con asombrados ojos la horrible escena: Kurbech desapareció entre los guardias; á Carolina la conducian desmayada á su torre solitaria; los criados guiaban amenazados por las espadas de los alemanes. Berta únicamente, arrodillada junto al lecho del herido, pudo libertarse de su terrible suerte.

— Berta, exclamó el bohemio, ¿si el cielo es justo, no te anuncia la salvación de los inocentes? ¿Tú que lees en las estrellas, no encuentras alguna favorable?

— ¡Como no intervenga la mano de los hombres, la de Dios no se acordará de levantar á los caídos!

— Pues bien, aquí está la mano de un hombre que invoca el poder del cielo para que la ayude. Berta, ¿no puede el viejo bohemio serles útil en nada?

— En nada.

— ¿Y Haydn? él volverá, él los salvará.

— ¡Tampoco! El príncipe ha asegurado con su diabólica sonrisa en los labios, que acaso no le volveriamos á ver.

— En ese caso, si todo está desesperado y perdido,

deja de rociar mi herida con el jugo de esas yerbas que la embalsaman, y arráncame el vendaje que la cubre, porque conozco que me será pesada la vida.

Berta nada le respondió, pero inclinando su cabeza sobre su hombro derecho, como quien se pone á escuchar cuidadosamente, se fué poco á poco incorporando, y dando un grito de alegría corrió á abrir la ventana. Un claro resplandor iluminaba el camino, y se sentía el ruido de un coche que se acercaba rápidamente.

— Berta, exclamó Ralech. ¿Coches en la granja de Haydn? ¿Qué será?

— Acaso el auxilio por manos de los hombres... ¿Quién sabe? ¿Quién sabe?

VIII.

DESENLACE.

Terrible era la escena que tenia lugar en el torreón



M. Teisserenc de Bort, ministro francés de Agricultura y Comercio.

de Haydn. Carolina, blanca, aérea como una exhalación vaporosa, se había desprendido de las férreas manos de los alemanes que la custodiaban, y abalanzándose á la alta claraboya y sosteniéndose en el pasamano calado de su marmórea ventana, columpiaba su cuerpo sobre aquel ligerísimo apoyo; y al ver á doscientas varas el suelo peñoso y árido, al conocer que era dueña de su honor y de su vida, se sonreía con esa sonrisa celestial é indefinible con que sin duda los ángeles saludan á la Virgen. Los soldados, formando un grupo vistosísimo y marcial, permanecian inmóviles cada cual en la posición y actitud en que les había sobrecogido, y con asombrados ojos seguían los ligeros movimientos de aquella silfide del aire, que contemplaban como una vision maravillosa.

El príncipe de Schwartzemberg, con una mano, parecía detener á sus guerreros, temeroso de que al primer paso que se adelantaran, se precipitase de la ventana su bella Carolina; con la otra mano, tendida hacia la jóven, la suplicaba sin duda que respetase tan preciosos días, y puesta una rodilla en tierra sobre la

hoja de su espada, se confesaba rendido y suplicante, y la declaraba libre y señora de todo.

(Se continuará.)

M. Teisserenc de Bort,

MINISTRO FRANCÉS DE AGRICULTURA Y COMERCIO.

Las situaciones nuevas exigen hombres nuevos. Es un aforismo admitido hace largo tiempo en política, y en este último año la Francia no cesa de invocar esa máxima para llevar á buen término la organización del país. El honorable representante del departamento de Haute-Vienne, es seguramente un hombre nuevo, puesto que por primera vez le vemos en el poder; pero ¿representa también una política nueva?

M. Teisserenc, nacido en Chateauroux en 1813, es yerno de M. Muret de Bort, ex-diputado por el departamento del Indre, á cuyo lado figuraba en la Cámara de 1847, como diputado del Herault: su carrera es la de ingeniero, y fué alumno de la Escuela Politécnica, de la que salió en 1835 para entrar en la administración de tabacos.

El notable talento de observación y de análisis que le distingue, le hizo obtener muy luego una misión mas importante. Encargáronle que fuera á Inglaterra y á Alemania á estudiar todas las cuestiones relativas á obras públicas y principalmente á la organización de los ferro-carriles. Era la época en que se disponía la Francia á formular la carta de los ferro-carriles (1842), y concluida su misión, M. Teisserenc fué nombrado en 1844 comisario del gobierno cerca de las compañías que acababan de constituirse.

En aquel tiempo eran muy necesarios en la Cámara los hombres especiales y que conocieran á fondo la cuestión de los ferro-carriles, y M. Teisserenc obtuvo fácilmente del departamento del Herault el mandato legislativo. Pero sobrevino la revolución de 1848 y M. Teisserenc se volvió á la vida privada, consagrándose exclusivamente á la cuestión de los ferro-carriles.

La última guerra y la última revolución, le han traído de nuevo á la vida política. M. Teisserenc ha sido elegido diputado por el departamento de Haute-Vienne.

¿Cómo ha llamado la atención del jefe del poder ejecutivo? Con un discurso que, para M. Thiers, fué un acto característico y un vigoroso apoyo dado al gobierno actual. El presidente de la República combatió con grande energía el impuesto sobre la renta; y con este motivo M. Teisserenc de Bort pronunció un discurso que produjo una viva impresión en la Asamblea.

Todo el pasado de M. Teisserenc de Bort demuestra que el ministerio de Agricultura, Comercio y Obras públicas estará dignamente ocupado por un hombre competente; pero el discurso á que nos referimos, contrarió al impuesto sobre la renta, nos dice también que el nuevo ministro permanecerá firmemente adherido á las antiguas instituciones. Tal es el carácter de la situación presente. En otro tiempo se decía: Hagamos una monarquía con instituciones republicanas; y hoy se dice: Hagamos una república con instituciones monárquicas.

H. C.